El funeral del gato

EL FUNERAL DEL GATO

Redactores: JLM y JCJ. Nº24. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

¡Bendita curiosidad! Bendita inteligencia que se alimenta de ella, del deseo de conocer, de descubrir, de ir más allá de lo conocido. Si no fuera por la curiosidad permaneceríamos en constante y completo inmovilismo y, sin embargo, cuántas veces se nos recuerdan los peligros que aguardan a aquél que pretende mirar donde no está permitido o no se debe. Y es cierto que hay peligro en la duda y en su resolución. La búsqueda de respuestas habitualmente no es tarea fácil ni cómoda. Pero, ¿qué habría sido de nuestra especie sin la curiosidad? Seguiríamos en la cueva o en la sabana, mirando sin comprender, sin plantearnos siquiera una pregunta, un porqué.

Pero claro que la curiosidad conlleva riesgos, y responsabilidades. Uno no siempre halla lo que busca, ni apetece lo que encuentra. Pero el riesgo es parte de la gracia del camino. El gato que acaba muerto por meter los hocicos, los bigotes, la zarpa y la cabeza allá donde no debe. El hombre que se mete en berenjenales, camisas de once varas, donde no le llaman o donde no lo quieren, que se juega la vida por ir más allá, por resolver una pregunta vital o intrascendente. Nada anima más nuestra mente y nuestra alma que la curiosidad. Pero el que tiene curiosidad no se conforma con lo consabido o aceptado. Pregunta y se pregunta, pone en tela de juicio y, ¡ay!, corre el riesgo de perderse, de alejarse del rebaño o de espantar al compañero. El riesgo de traer la duda a los demás. Y ello entronca con el pecado original de nuestra cultura cristiana. Comer el fruto del árbol de la ciencia, el árbol del bien y del mal no es otra cosa que acercarse a la fuente del saber. Conocer demasiado no sólo es peligroso, es también pecaminoso. Nos acerca a la divinidad que, quizá envidiosa, nos castiga por husmear con esa curiosidad, ese olfato insaciable por lo desconocido, con el que Él o la naturaleza nos han dotado. Pero de poco sirven al curioso las prohibiciones. Aunque quizá el exceso de permisividad embota la curiosidad y mucha gente se acomoda y deja su

mente roma y vacía. ¿Cómo se entiende, si no, esa perversión de la curiosidad que es el cotilleo? Rumores, chismes, ansia de conocer lo intrascendente del vecino. ¡Qué lástima y qué desperdicio de tiempo y neuronas!

La curiosidad nos ha dado nuestro mundo actual, nuestra cultura y un sinfín de problemas y quebraderos de cabeza. Pero es parte de nosotros, de nuestra esencia, y, por tanto, resulta imposible, e impensable, renunciar a ella.

De curiosidad trata nuestro número. Inspirados por ese señor Don Gato que perdió sus siete vidas, es de suponer que por su curiosidad, y, sin embargo, al olor de las sardinas, terminó por resucitar para seguir su búsqueda. Nuestro crimen y nuestro premio. Ésa es la curiosidad. Más humana que gatuna, pese a la metáfora funeraria de nuestro título. Ojalá te inspire la curiosidad suficiente para seguir leyendo. Ojalá encuentres alguna respuesta y mil preguntas que inspiren a tu espíritu, al que suponemos curioso, como el nuestro.

SER TÚ MISMO

Sonará a sofisma, pero todos admitimos que uno nunca puede llegar a conocer de veras a los demás. En realidad, aunque sólo sea por el asunto de la subjetividad, tampoco a sí mismo, pues siempre nos vemos con ojos parciales.

El caso es que la curiosidad acerca de los demás nunca puede ser satisfecha. Podemos intentar conocer a otras personas. Observarlos, tratar de interpretarlos. Podemos escucharlos o, incluso, tratar de espiarlos para verlos como "realmente" son.

Está claro que, en general, nos interesa saber de los demás. Igual que nos gusta ser escuchados y tenidos en cuenta. No deja de ser extraño el que mucha gente sienta más curiosidad por las vidas falsas y triviales de los famosillos que las airean públicamente, que por vidas de verdad de gente que nos rodea. No nos damos cuenta de lo fascinantes que son esas historias de viejos, los relatos que de sus vidas nos hacen personas mayores, o no tanto, que cautivan nuestra imaginación con hechos en apariencia vulgares pero que son vidas llenas de sentimientos, emociones y hasta pasión y aventuras. Todos

hemos escuchado en alguna ocasión ese tipo de historias. Y nos agrada la sensación de conocer algo mejor a un ser querido, a un amigo, o hasta a un simple conocido a través de sus vivencias. Aunque el signo de nuestros tiempos es muy dado a aparcar y silenciar a nuestros ancianos, como cosa inútil o caducada, cuyas existencias no merece la pena recordar.

Hay quien piensa que así, escuchando, se puede conocer a los demás. Que así, si somos nosotros los autores del relato, podremos darnos a conocer, mostrarnos como realmente somos. Quien así piensa se equivoca. Es un simple o un ingenuo. Olvida que la palabra, el mero acto de recordar y verbalizar, aunque sea en nuestra propia mente, siempre convierte el hecho en ficción. Transformamos nuestros recuerdos en bonitas, o feas, historias, relatos llenos de detalles inexistentes, mezclados con sentimientos e impresiones añadidos. ¿Qué no? Prueba a escuchar dos veces una de esas historias de viejos. O es un relato memorizado o siempre incluirá variantes. Y no porque pretendamos mentir. Es que somos así.

Igual que llegamos a creer lo que no sucedió. Sabiendo que en ciertos estudios se comprueba que muchas personas –casi la mitad de los sujetos sometidos a estudio- se muestran convencidas de haber vivido situaciones falsas que se les presentan como verdaderas, simplemente a partir de una foto trucada, o de un recuerdo presentado como común, y hasta son capaces de relatar la "experiencia" y añadirle detalles "propios". Da miedo pensar en esos tribunales en los que un ciudadano sincero y voluntarioso jura solemnemente decir la verdad, inculpando o exculpando a quien depende para su veredicto de la tan poco fiable mente del testigo. Prefiero las pruebas físicas, las que no dependen del humano sentir, percibir o pensar.

En todo caso, no pretendía hacer un panegírico de ese relativismo que tanto denuesta nuestra católica iglesia actual. Quería hablar de curiosidad y de deseos imposibles de satisfacer.

Vale que en el hablar, en el simple pensar y rememorar se incluyen mentiras. Pero, con todo, podría alcanzar algún tipo de conocimiento del prójimo a través de lo que percibo de él. Ésa es la

idea de conocer a los demás, verlos, interpretarlos, valorarlos. Y, sin embargo, qué difícil tener un mínimo conocimiento.

Uno siempre tiene la sensación de ser uno mismo en la soledad. No es una cuestión de sinceridad o insinceridad. Somos seres sociales y nos comportamos como tales. No somos iguales ante nosotros mismos que ante los demás. Siquiera porque varían las percepciones. Pero, a la vez, uno sólo puede ser conocido, apreciado, percibido, por los demás. Paradójicamente, uno sólo existe, es, a través de los demás. La imagen que los demás se crean de nosotros nos hace existir al margen de nuestra propia mente. Si uno muere sólo queda su imagen, la que los demás, los que lo han tratado y creen conocerlo, se han formado de él. En este sentido, la soledad genera inexistencia, días, meses perdidos. Sólo conocidos por los relatos de viejos, por las historias contadas por el protagonista, socializadas por él.

Así que la curiosidad por conocer a los demás, objetivamente, verazmente, definitivamente, está condenada a no ser satisfecha nunca. Jamás puede conocerse al otro, hay que conformarse con ver su fachada, la que nos muestra voluntariamente o la que captamos tangencialmente, sin el concurso de su voluntad. Todo el mundo desea tener una imagen, normalmente buena. Sabe que lo que de él se sepa será lo que muestre y sea capaz de transmitir. Hemos de conformarnos, en nuestro observar y espiar, con captar fachadas y hacer intentos por reinterpretarlas, en la confianza de ser capaces de conocer lo que había tras la imagen. La suma de las imágenes dará el "yo" social, no el real, el inasible, pero sí el que puede ser contado, relatado, descrito. En ese sentido, siendo sólo a través de los demás, somos lo que los demás ven en nosotros y sólo eso, y por muy breve espacio de tiempo, mientras vivan los que nos trataron o alguien se ocupe de nuestra memoria, quedará de nosotros cuando hayamos desaparecido de este mundo.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LA BÚSQUEDA

Me fui pronto. Partí demasiado pronto.
Lejos. También demasiado lejos.

Pretendía buscarme. Hondo.
No lo admití, pero fracasé en el empeño.
Proseguí mi búsqueda,
siempre complicada, plagada de entuertos.
Llena de espejismos, plena de dilemas.
Preñada de dudas, carente de encuentros.
Al fin me rendí, acepté el fracaso.
Me detuve, lejos del progreso.
Caminé sin rumbo, perdido, vagando.
Volví tras mis pasos al primer tropiezo.
Pero no regresé, no al hogar.
Perseveré en los errores, ciego.
Pretendí probarme, buscar y buscar.
Convertí cada final en un comienzo.
Experimenté, sin control.
Pero no hallé el éxito.
No me encontré, no fui yo.
Tan sólo un fantasma tétrico.
Envejecí y regresé.
Demasiado tarde, demasiado viejo.
Y entonces, sin buscarme, me encontré.
Logré descubrirme con mirarme dentro.
Muy pronto, muy lejos.
Muy tarde, muy cerca, muy dentro.

Antón Martín Pirulero

CONDENADO AL INFIERNO

Todo estaba oscuro y silencioso. Aparentemente tranquilo, aunque, dada la situación, tal calma resultaba ominosa, como la que precede a la tempestad o el crimen. En este caso parecía una calma patibularia, la posterior a la ejecución del reo y la algarabía de los espectadores.

En rigor nadie había muerto, nada terrible u oscuro había sucedido. Pero, para los sentidos recién recuperados, la impresión del espanto era todavía demasiado viva como para considerarla mera ficción.

Juan Mari se había despertado en mitad de la noche bañado en sudor tras un sueño agitado y plagado de monstruosas pesadillas, auténticamente infernales y espantosas. Tan reales, tan absorbentes y especiales, que más parecían una experiencia real como la vida misma.

La memoria tardó en acudir a su mente confusa un instante más que el temor en marcharse. Todavía gemía y su corazón latía con intensidad, o así lo percibía él, cuando se dio cuenta de que aquello no eran su casa y su habitación, ni su lecho se correspondía con la cama en la que acostumbraba dormir. En verdad, ni tan siquiera parecía un lecho, como él mismo tampoco era un simple durmiente.

"El accidente", se dijo casi sin pensar, o la frase acudió a su imaginación sin proponérselo, como la simple constatación de un hecho que no por asumido dejaba de parecer ahora mismo sorprendente. Era como si recién llegara de otro mundo y justo ahora se diera cuenta de dónde se hallaba y lo que le había sucedido.

La habitación del hospital. Tras el accidente.

El despertar. Tras la terrible pesadilla.

Que no parecía una pesadilla. ¿Acaso no era una pesadilla? La había vivido con tal intensidad, con tal verosimilitud, que su mente se empeñaba en repetirle que aquello había sucedido de veras. El horror era cierto y bien cierto. El horror de la propia muerte.

"Una experiencia extracorpórea", se dijo, con inesperada calma. "Una experiencia tras la muerte", añadió para sí mientras se volvía consciente de los tubos de goma y las máquinas que lo rodeaban y a las que estaba conectado.

"Sí, has vuelto de la muerte. De una muerte terrible. Has vuelto del infierno".

Juan Mari empezó a calmarse. Para cuando la habitación le parecía ya lo bastante firme y sus nervios comenzaban a asentarse, un par de sanitarios, enfermera y doctora, entraban a la sala, encendían una luz y, tras comprobar pantallas e índices, le dedicaban su atención como individuo.

-¿Cómo se encuentra? –interrogó una de las mujeres, la que había identificado con doctora.

Juan Mari pensó: "mal". Rectificó mentalmente: "bien". Estaba vivo, consciente. Se había librado del horror. Luego estaba bien. Pero ninguna palabra surgió de su boca. No pudo hablar.

-Tranquilo. Ya pasará. El shock ha sido fuerte.

"No lo sabe usted bien", se dijo Juan Mari mientras la habitación, los rostros y el mundo se volvían nebulosos. Vagamente, dedujo que la enfermera había inyectado un tranquilizante en uno de los tubos de goma. Vagamente, percibió que las dos mujeres le hablaban. Casi sintió el contacto de las manos de la enfermera. Casi. El mundo se fue desdibujando y Juan Mari cayó en la inconsciencia, en el bendito sopor salvador en que su cuerpo maltrecho hallaría reposo y oportunidad de recuperación. "Ya pasará", se dijo, haciendo de eco a las palabras de la doctora. Y no hubo más. Todo oscuro. Todo en calma. Nada.

Juan Mari despertó. A la luz. Desde la calma del sueño a la calma en la vigilia. Sin pasar por la terrible pesadilla. Sin recordar sueño alguno, al margen de vagas imágenes de su anterior despertar. Su cerebro se negaba a recordar las acongojantes imágenes del despertar anterior.

"Estuviste muerto", se dijo con una calma que le sorprendió.

-¿Cómo se encuentra? –oyó la voz de la doctora. Una luz blanca brillaba ante su ojo mientras los dedos suaves y fríos de la mujer sujetaban su párpado y la linterna enfocaba su dolorida pupila.

-Bien –articuló con trabajo, esta vez la voz llegó hasta sus oídos, nítida aunque un poco extraña.

No estaba del todo bien. Ni física ni emocionalmente. Pero sí en franca recuperación. El cuerpo sanó antes que el alma. Para cuando los dolores menguaron, empezó a recuperar la movilidad y sus varias fracturas y lesiones, internas y externas, mejoraron, las pesadillas, recuerdo de la pesadilla que pareció más real, la de su muerte, todavía lo asaltaban por la noche y, en algunas ocasiones, durante la vigilia, más apremiantes y frecuentes cuando se hallaba solo y a oscuras en la habitación de su apartamento.

"Has estado en el infierno", se repetía cuando se recuperaba de aquellas visiones nocturnas.

Y Juan Mari sabía que no deseaba regresar al infierno. Todo antes que verse de nuevo ante aquella situación insufrible.

Tras renacer a la vida, decidió que debía cambiar. Había tenido una segunda oportunidad. Su vida pasada debió de constituir un error. Por más que él no acertara a comprender qué mal había hecho, qué de terrible había en su anodina existencia anterior, Juan Maria López se había condenado a los terribles sufrimientos del infierno, con su fuego y unos demonios que él pensaba mito. Pero había vivido el infierno y sólo su inesperada recuperación, la vuelta a su cuerpo desde más allá de la muerte, lo había librado de los tormentos que ya lo acompañarían, sin embargo, hasta el día de su definitiva muerte, al menos como recuerdos grabados a fuego en la memoria tras su breve y trascendental vislumbre.

Juan Mari, cómo no, empezó a obsesionarse con el asunto de su experiencia extracorpórea. Su vida, su nueva vida, cambió por completo tras el accidente. Ante todo, meditó. Mucho. Cambió, sin un criterio estricto, algunos hábitos largamente desarrollados, suponiéndolos ahora erróneos, juzgándolos causa de su condena. También quiso informarse. Leyó docenas de libros sobre experiencias al borde de la muerte. Se sentía un experto en el tema, un testigo directo del suceso capaz de juzgar, por tanto, con una objetividad y equidad que estaba muy lejos de poseer. Mucho halló en el papel, en Internet, en la televisión o la radio. Pero nada definitivo y convincente. Supo que no estaba solo. Que muchos antes que él habían vivido una experiencia similar. Para la mayoría había sido agradable, con la consabida luz blanca tras el túnel, las verdes praderas y la multitud de familiares y amigos que los recibían más allá del fin. Pero otros desgraciados, o malvados, igual que él, habían abandonado su cuerpo tan sólo para verse envueltos en una dantesca pesadilla de horrores sin nombre y terror ciego. A todos les había cambiado la vida aquel suceso, pero no parecía haber grandes diferencias, al menos escuchando sus relatos, entre los justos y los pecadores, los que visitaban el cielo y los condenados, como él mismo, al infierno. Así las cosas, su obsesión crecía, a la par que lo hacían sus dudas. Y Juan Mari, lejos de alcanzar paz y sosiego, cada vez sentía más miedo por

vivir, y aún más por ver llegado, quizá de modo inesperado como cuando el accidente, el día de su definitiva muerte.

Juan Mari había consultado cuantos libros encontró sobre el tema de las experiencias al borde de la muerte. Había en todos ellos puntos comunes, a caballo entre la leyenda urbana y el dato contrastado. Pero no había verdaderas respuestas a sus preguntas. Nunca explicaciones. Menos aún consuelo. Empezó a frecuentar ambientes pseudocientíficos. Iluminados, mediums, "enterados". Bastantes descerebrados y locos, algún entendido de veras y varios testigos de primera mano de alguna de esas experiencias. Él mismo empezó a moverse entre la curiosidad, la obsesión y la locura. Obsesionado por el tema, su vida privada, también la pública, profesional y social, comenzaba a resentirse de su fijación.

Familiares y amigos se preocupaban por su estado.

-Esto no puede seguir así, Juan Mari –le dijo en tono amenazante su novia, Lourdes.

Ella, que había soportado sin una queja sus locuras. Que lo había apoyado cuando el accidente y durante la difícil convalecencia. Ella, que le había escuchado y había compartido su angustia por aquel sueño/recuerdo/alucinación/experiencia al borde de la muerte que tanto lo había marcado. Ya no podía aguantar más. Su constante neurosis, rayana en la paranoia. Su obsesión por lo trascendental y la muerte. Su alocada búsqueda de respuestas.

La iba a perder, si no se enmendaba.

-Debes olvidarte de aquello –le aconsejó su amigo Tono, el más fiel y de más confianza-. Debes vivir. Para eso estamos todos aquí, ¿o no?

Sí, había que vivir. Eso era cierto y claro. Lógico. Pero difícil de llevar a la práctica cuando toda su existencia estaba mediatizada, o él lo percibía así, por su experiencia infernal. Debía explicársela, resolverla. Hallar respuestas y un camino para evitar que la muerte lo llevara al infierno. ¿Por qué? ¿Por qué él? ¿Qué de malo había hecho en su anodina existencia para merecerse tan completo y terrible castigo?

La religión no tenía respuestas. No las adecuadas, o las que a él le proporcionaran verdadero alivio ni un asomo de paz. Tampoco la mística ni la pseudociencia parecían contener esa respuesta. Y por ello

su búsqueda cada vez se hacía más confusa y alocada. Tanto que estaba perdiendo sus últimos restos de cordura en pos de una más que probable quimera. Y, sin embargo, en lo peor de la crisis, cuando muchos amigos lo rehuían y Lourdes amenazaba con abandonarlo, un leve rayo de esperanza se dibujó en el horizonte.

Después de tanto reconvenirlo, fue su amigo Tono quien le proporcionó un vislumbre de consuelo.

-Se trata de un médico –le anunció-. Dicen que sabe mucho de estos temas. Dicen que tiene explicaciones. Que busca nuevos pacientes para su estudio. No sé si proporciona soluciones.

Y a Juan Mari, tan imbuido de libros fantásticos y frecuentador de lunáticos, aquello le sonó a cosa seria conocida y fiable. Volvía a toparse con la ciencia. La que le salvó la vida cuando su accidente y le falló cuando su problema. Con medicamentos no se calmaba su ansiedad sin adormecerlo, ni se atenuaban sus recuerdos sin idiotizarlo o volverlo torpe. La ciencia no le había traído explicaciones ni consuelo para su nuevo mal. Pero ahora volvía a él en palabras de Tono. ¡Un médico! Tenía que visitarlo.

Su amigo, bien dispuesto, le proporcionó todos los datos. Ya había hablado previamente con el doctor para sondear su disposición.

-Interesante –le había comentado el galeno al sugerir la posibilidad de un nuevo paciente/cobaya.

Era un investigador serio, decían. Un científico competente, aunque no muy reputado, quizá porque la índole de los asuntos que trataba no estaba muy bien considerada entre la comunidad científica.

-Se llama Isaías Berruguete y puedes visitarlo en su despacho de la facultad de medicina, donde da clases, en la consulta del hospital o en su clínica privada. Me ha dicho que la primera consulta no te la cobraría.

Era una esperanza, no muy firme, no muy fiable, pero esperanza al fin y al cabo. Si había consultado con tipos que se autodenominaban videntes, chamanes, parapsicólogos o santeros, una consulta a alguien con un título oficial y una nueva visión de su experiencia no le iba a causar ningún mal. Así que, sin mucha confianza en encontrar alivio, Juan Mari apuntó los datos del doctor: nombre, direcciones, teléfono de contacto. Agradeció a Tono su ayuda, si bien

declinó su oferta de servirle como acompañante, y se prometió contactar con el doctor Berruguete en cuanto que tuviera ocasión.

Concertar la cita fue sencillo. También extraño. El doctor, conocidos sus antecedentes, no tuvo inconveniente alguno en entrevistarse con Juan Mari. Antes bien, se mostró dispuesto y deseoso. También algo críptico y misterioso. Le pidió que fuera en ayunas y le preguntó si en alguna ocasión había sufrido de reacciones alérgicas ante tratamientos médicos o quirúrgicos. Las respuestas del "paciente" lo debieron de satisfacer, porque insistió en ver a Juan Mari al día siguiente en su despacho del hospital.

El lugar de la cita lo confundió aún más. Aquello no era un despacho, sino un laboratorio. O un despacho convertido en laboratorio. Su aspecto tecnológico daba impresión tanto de profesionalidad y rutina como de descuido. No inspiraba, en conjunto, mucha confianza. Juan Mari, a priori, no esperaba gran cosa de la visita. Se presentó allí solo, "solo ante el peligro". Y tuvo que esperar a que el doctor apareciera mientras un ayudante, quizá estudiante de postgrado, trasteaba entre los cacharros y le anunciaba que el doctor Berruguete llegaría en breve.

No se hizo esperar demasiado. Llegó corriendo, hablando atropelladamente, y esbozó una breve disculpa referida a sus múltiples ocupaciones cuando reconoció en el visitante a su nuevo paciente.

-Disculpe el desorden. Tenemos mucho trabajo, como puede ver.

El doctor habló a la par que indicaba al ayudante que saliera y ofrecía a su invitado un taburete alto como asiento. Él ocupó otro idéntico.

Un rápido apretón de manos concluyó la presentación. El doctor parecía acostumbrado a las urgencias. No preguntó a Juan Mari si había cumplido con el requisito del ayuno, se limitó a abrir un par de sobres estériles de los que extrajo jeringa de plástico y aguja. Tomó, más que pidió, el brazo de su huésped, le colocó una goma al antebrazo descubierto y, con un leve pinchazo y un profesional movimiento del émbolo, extrajo una muestra de sangre.

-Perfecto –señaló, a la par que guardaba el tubo en una nevera-. Ahora podemos hablar tranquilamente de su caso.

Juan Mari, menos cómodo de lo que había previsto, le relató su terrible experiencia. El accidente, el dolor, las idas y venidas del personal sanitario, el caer hacia el vacío que supuso su inconsciencia, el despertar, lo que fue coma y parada cardiaca para los médicos, las visiones infernales que lo persiguieron durante un tiempo que pareció infinito, los monstruos que lo acechaban y atacaban, las risas, las llamas, las deformidades, el dolor. Luego, el breve despertar, el alivio de la blancura del hospital y la vuelta a la nada, ahora sí apacible, de la inconsciencia antes del definitivo despertar.

-Es justo lo que suponía por la conversación con su amigo. Su narración incluye algunas peculiaridades, pero el conjunto me resulta sumamente familiar. Y ya se sabe que la imaginación de cada cual puede obrar milagros.

Juan Mari iba a protestar. No eran imaginaciones. Aquello era real, tan vívido como sólo puede serlo lo verídico. Pero no pudo hablar. El doctor prosiguió con su diagnóstico.

-Comprendo, por supuesto, su angustia. Y entiendo que, desde entonces, su vida ha sido, permítame la expresión, un sinvivir, una alocada búsqueda de respuestas para lo que no parecía tenerlas. "¿Qué horrible pecado habré podido cometer para merecer esto?", "¿Por qué, por qué a mí?", "¿Cómo podré evitar volver al infierno?" Estoy seguro que éstas y otras semejantes habrán sido las preguntas que se haya hecho desde aquella fatídica fecha por la que, muy al contrario, debería estar sumamente satisfecho. No todo el mundo se recupera, ni siquiera en estos tiempos que presumimos tecnológicos, durante una maniobra de reanimación.

Clavado. Lo había clavado. El tipo sabía de lo que hablaba. Juan Mari sintió cómo sus ánimos se renovaban al comprobar que el doctor Berruguete, que con tanta suficiencia hablaba, conocía el tema a la perfección e interpretaba con igual soltura los sentimientos provocados por tan terrible experiencia.

-Pero usted las preguntas ya las sabe. Ahora quiere respuestas. Y yo tengo respuestas. No todas. Pero algunas sí. Otras las podré deducir con un análisis de su sangre y otras más, lo siento,

por el momento no las poseo, aunque quizá, por prepotente que le suene esta afirmación, pueda encontrarlas en el futuro.

Tras una pausa teatral en la que comprobó que la atención del señor López había sido captada por sus palabras, el doctor continuó con su alocución.

-Vayamos por partes. Para empezar, aunque no sé si esto supondrá para usted un alivio, pues no tengo idea de sus creencias, profundas o livianas, ni de su carácter o sus esperanzas, le diré que, sean cuales sean sus pecados o faltas en esta vida ninguno de ellos lo condenó a aquella abominable pesadilla que usted tuvo la desgracia de padecer. Esta afirmación, que más tarde le demostraré, debería suponer un alivio considerable para cualquier mortal. Pero no me engaño al respecto. Siempre hay fanáticos y masoquistas que se aferran al dolor y el pecado como motores de su vida. Y hasta existen aquellos que piensan que, cuando menos, la triste condenación que representó su pesadilla, los confirmaba en sus vagas creencias en una vida por venir, quizá inmaterial y eterna como la pintan las religiones.

Aquí Juan Mari hubo de confesarse que, si bien, ¡Dios lo librase!, no se contaba entre los masoquistas o los fanáticos, sí formaba parte de la tropa de los indecisos. A él la experiencia lo había marcado tanto por lo que representaba de condenación como por el anuncio de trascendencia vital, la veracidad del alma o los espíritus tras la muerte.

-Yo no le voy a dar seguridades espirituales, me temo. Pero, si le sirve de consuelo, sí le aseguro, con toda la rotundidad que la ciencia me permite, que, a la luz de las pruebas que he acumulado a lo largo de los años, usted nunca ha estado en un infierno de almas condenadas ni nada por el estilo. Pasemos a la segunda pregunta: por qué usted. Obvio: por las leyes de la genética y las combinaciones de las variantes alélicas. Sé que esto requerirá de una explicación pormenorizada por mi parte pero, créame, su experiencia es tan material y orgánica como el llanto o un uñero. La tercera pregunta, si podrá evitar ese infierno en el futuro, me temo que incluye la respuesta más desagradable: no por el momento. No con mis medios, al menos, ni con los de nadie a quien yo conozca. Tal vez los milagros existan, ¡quién sabe! Aunque yo no confiaría en ellos. Sí le ofrezco, eso

sí, la posibilidad de que haya una respuesta distinta en el futuro. Tal vez, con trabajo, y esa pizca de suerte que sólo acompaña al que se esfuerza y no pierde la osadía, la paciencia y la fe, en uno mismo, no en iluminaciones metafísicas, en el futuro yo logre resolver su problema y el de tantos otros. Aunque me temo que, incluso si el éxito me acompaña, su demostración tardará en producirse más tiempo del que a mí me gustaría.

El doctor calló, brevemente. Era una simple pausa mientras el sujeto de estudio, Juan Mari, digería, siquiera a medias, tantas palabras y tan confusas, más por inesperadas y extrañas que por difíciles de entender. Una de ellas, simple y llana, se había quedado flotando en la mente del señor López: "orgánico". Nada de espíritus, nada de pecados, dioses o demonios. Su experiencia, a ojos del doctor Berruguete, era asimilable por su carácter meramente físico a una lágrima derramada o al uñero que molesta al extremo de un dedo. Todavía estaba Juan Mari procesando la información cuando el doctor Isaías Berruguete prosiguió con su explicación de un modo más detallado.

-Según mis cálculos, forma usted parte del desgraciado cuatro por ciento de la población que se ve condenado al infierno cuando sufre una experiencia al borde de la muerte. El cuatro coma dos por ciento, para ser más exactos, en la hoy por hoy escasa y sesgada muestra de la que dispongo. Un número que, al menos momentáneamente, se incrementará en unas pocas centésimas al añadir, análisis mediante, el dato de su caso.

Tras tan confuso y demoledor inicio, el doctor se explayó hasta hacerse entender.

Por lo visto, las percepciones o visiones al borde de la muerte no constituían una experiencia mística ni espiritual. Eran un carácter evolutivo. Un residuo de la selección natural que, en tiempos remotos y para organismos algo más primitivos que un ser humano, constituía un carácter adaptativo. Esto último era mera hipótesis. La genética tras el asunto constituía, al contrario y según Berruguete, asunto seguro, concreto y demostrable.

El investigador había deducido que los animales, incluso los inferiores, debían de tener algo padecido al sueño de los humanos:

alguna clase de visiones oníricas durante su tiempo de reposo. Bien fácil es comprobarlo cuando se observa el sueño de los perrillos o de otras bestias. Esos sueños en el hombre también pueden producirse, aunque sean por causa distinta, durante la inconsciencia o durante el coma. Y aquí apostilló que también los animales pasaban por semejantes experiencias oníricas. Y aquí estaba su explicación:

En caso de grave accidente, era aconsejable para el animal la inactividad antes que el despilfarro de energías. Al terminar la huida, tras el acelerón de la adrenalina, llegaban la calma, el dolor de las heridas y la necesidad de reposo y cura. Todo esto era cosa sencilla de ver en animales superiores. Pero en los primitivos aún debía de ser una necesidad más apremiante. Para seres con mayor capacidad de recuperación o regeneración que la nuestra, el caer en una suerte de limbo de actividad en que el individuo se hallase en extremo tranquilo y cómodo podía ser un punto a favor de la pronta recuperación desde el inestable borde de la muerte.

Con la evolución muchos seres ganaron en complejidad y, como nosotros, perdieron en capacidad de regeneración. Desarrollaron el sueño y con él las visiones al borde de la muerte. Aunque ya las posibilidades de salvación no serían tan grandes, en caso de grave accidente y ante la creciente anoxia cerebral, las neuronas organizarían una fiesta de neurotransmisores, un autodopaje que engañara a la consciencia con visiones de paz, tranquilidad, belleza. Con la mayor inteligencia surgirían imágenes de seres conocidos y queridos, también tranquilizadores. Y ello proporcionaría un mínimo extra de posibilidades de supervivencia para el herido o el agonizante. Pero claro, cuando la ventaja es bien pequeña, las mutaciones son más susceptibles de ser fijadas en la población de genes. Y, todo esto según Berruguete, al cabo se produjo una mutación, o tal vez fueron varias, el asunto aún estaba por dilucidarse, que afectaban a ese carácter protector ante la situación al borde de la muerte.

El cambio en el gen o genes alteró el flujo de neurotransmisores y convirtió las imágenes paradisíacas, de luces blancas y brillantes al final de un túnel, praderas verdes tranquilizadoras y seres queridos de sonrisa amable, por las horrendas visiones de seres infernales en un decorado dantesco. Justo el efecto

contrario al pretendido pero, igualmente, fruto de la naturaleza material del ser humano y no de una supuesta espiritualidad.

-Ya ve, amigo López –concluyó el doctor Berruguete-, su problema es que porta usted la variante desagradable del carácter.

El doctor le indicó que había hallado un polimorfismo característico en uno de los genes de todos los que cayeron en sus manos y, como él, habían padecido visiones espantosas al borde de la muerte. Por el momento, todo indicaba que era un único gen el responsable de las visiones.

-Es más probable que haya otros genes que provoquen variaciones. Igual que las experiencias de cada cual modifican las visiones. Tampoco sé, debo confesarlo, si la mutación, como el gen en cuestión, causa efectos sobre otros caracteres. El caso es que es usted un mutante. En cierto modo, lo somos todos. Pero su mutación, que no es mortal en sí misma, le acompañará, lamento decírselo, en el momento de su muerte y siempre que se aproxime a él lo bastante peligrosamente.

Un mutante. Ése era el diagnóstico de Berruguete. Y el tipo parecía profesional y seguro. Convencido de poseer la verdad. Casi eran preferibles los otros lunáticos, igualmente seguros de poseer "la verdad". Lo malo es que los argumentos del doctor sonaban más coherentes que la cháchara de los espiritistas. Lo peor, que Juan Mari siempre había sido poco creyente y bastante racionalista. Y que Berruguete no parecía un loco. Antes bien, parecía importarle un pimiento que Juan Mari lo creyera, aunque le encantara contar su descubrimiento a quien lo quisiera oír. Y Juan Mari, que quizá habría preferido proseguir con sus dudas, lo había oído y estaba por creerlo. Eso significaba que no había condenación ni viaje al más allá, pero también que los demonios lo visitarían alguna vez más en el futuro. Cuando menos, si la muerte no era instantánea, en el momento definitivo de abandonar la vida. Y no era un final bonito, menos aún de lo asumido, para la propia existencia. Acabar lleno de angustia y viviendo un infierno con la última pizca de consciencia, aunque fuera onírica y al borde del último estertor.

-Los datos no son concluyentes. Tengo poco más de trescientos datos y usted, si el resultado es el previsto, será el

decimotercero con la mutación. Creo que es un carácter recesivo y, por lo que he visto, el número de portadores ronda el treinta por ciento. Creo que usted, y los que son como usted, son homocigotos recesivos. El que sea, finalmente, un solo gen facilitaría las cosas. Pero ya veremos. Aún no puedo extraer resultados definitivos, ni rastrear el origen de la mutación o buscar variaciones regionales… En fin, eso es asunto mío. Lo suyo es más sencillo. Llámeme dentro de un par de semanas. Le diré si, como espero, porta usted el alelo mutante. Con ello, lo siento por usted, ya sabrá a qué atenerse. Si es que me cree. Eso es asunto suyo. Yo no voy a cobrarle nada, claro está… Bueno, no esta vez. Si todo marcha como espero y deseo, tal vez en un futuro próximo aísle el gen adecuadamente y desarrolle las herramientas necesarias para bloquearlo y anular sus efectos. Igeniería genética, ya sabe. Aunque no podrá confirmar si mi solución es realmente efectiva hasta que se muera o casi. En ese caso me encantaría que sobreviviera, usted o cualquier sujeto de estudio de su grupo, para que me dijera si desaparecieron las visiones infernales, si las sucedieron las celestiales o si careció por completo de sueños al borde de la muerte.

Juan Mari trató de esbozar un agradecimiento. Estrechó la mano del doctor. Quiso preguntar. No quiso hacerlo. Se marchó. Iba despierto, pero flotaba en sueños. Era un mutante y el infierno, si el doctor estaba en lo cierto, lo iba a perseguir al final de sus días.

Y fueron quince días los que pasó en su nube. Casi ausente del mundo, por más que se forzó a participar de él. Pidió tiempo a su novia, pidió un descanso a los amigos. Tuvo que cumplir con el trabajo. Y, finalmente, se atrevió a llamar por teléfono a Berruguete. No quiso verlo de nuevo en su laboratorio.

-Estaba en lo cierto. Posee usted el polimorfismo que yo suponía. Así que me ha alterado las frecuencias alélicas –como Juan Mari no estaba para bromas, el doctor abrevió-. Bueno, pues si tiene alguna duda o quiere consultarme algo, sólo tiene que contactar conmigo. Ya sabe cómo y dónde. Si soy yo el que tengo novedades de interés para usted, digamos una vacuna, ya se lo haré saber. Tanto la posibilidad de participar en el ensayo clínico como la minuta por el tratamiento. Me gustaría que tuviera esperanzas en ello y confianza en mí, pero no lo espere en breve. ¡Hay tanto trabajo que hacer!

Y Juan Mari colgó. Y trató de descolgarse de su nube. Aunque le costó. Porque sentía sobre su cabeza, como una espada de Damocles, la amenaza de aquellas visiones espantosas que no eran menos reales por ser genéticas en lugar de infernales. Y, aunque consiguió recuperar una cierta normalidad y casi olvidó el asunto, conforme el tiempo pasaba sin noticias sentía deseos de llamar a Berruguete, por si se había olvidado de él tras alcanzar el éxito en sus pesquisas. Y, cada vez que se ponía levemente enfermo, se asustaba de modo indecible, pensando en un empeoramiento y una agonía. Entonces soñaba con la llamada de Berruguete ofreciéndole la anunciada cura. Y entonces, aunque intentaba imaginárselo como un sacacuartos embaucador, estaba seguro de que, ante la perspectiva de evitar el infierno, sería capaz de pagarle cuanto le pidiera por la cura, todo, casi hasta la propia vida.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LA CURIOSIDAD

Me pica la curiosidad. Si me pica es que estoy vivo, receptivo a lo que me rodea, al menos parcialmente. Aunque es una palabra bipolar, como escatológico que tanto se refiere a excrementos y suciedades como a creencias y doctrinas (para algunos pueden ser sinónimas), para mí es uno de los motores de la "existencia", es consustancial a la persona pues este instinto natural influye en nuestro comportamiento psicológico y en el de otros seres "superiores".

Los problemas comenzaron por la curiosidad. Eva, la primera mujer según la Biblia, por curiosidad comió e hizo comer a Adán la manzana de la discordia. Se acabó el vivir a cuerpo de rey en el Paraíso, sin trabajar. En la mitología griega es Pandora la primera mujer creada como regalo de los dioses a los hombres (para su desgracia). En una caja tenía encerrados los males; al abrirla por curiosidad se salieron y esparcieron por el mundo dejando en el fondo de la misma la esperanza. La mujer del bíblico Lot, por curiosidad, se volvió a ver cómo era destruida Sodoma después de ser avisada que no mirara hacia atrás y se convirtió en estatua de sal…

Los problemas continúan por curiosidad. Así, los niños, por curiosidad, por afán de descubrimiento… pueden meter los dedos en un enchufe, pueden ingerir líquidos peligrosos envasados en recipientes que les llamen la atención, jugar a cosas peligrosas en definitiva.

Si los problemas comenzaron por la curiosidad las soluciones también pueden venir de ella. El origen de la filosofía está en la curiosidad abstracta, en la admiración por las cosas. El remedio de muchas enfermedades, descubrimientos científicos, exploraciones, conquistas… está en la curiosidad, en querer saber el porqué de sus causas, el cómo llegar hasta… En resumen, influye en el campo del conocimiento. (Esta vez la manzana ayudaría a Newton a descubrir "sus leyes").

El progreso tiene sus avances y retrocesos pero la curiosidad siempre estará en vanguardia.

Otro tipo de curiosidad menos científica o filosófica y más morbosa no es en absoluto "rara avis". Me refiero al cotilleo, marujeo, chismorreo, murmuración, habladurías, comadreo, el dicen que… el pegar la oreja a la pared o escuchar detrás de la puerta de otros… Aquí el avance es negativo. Así, nos metemos en la vida privada de otros (la nuestra que no nos la toquen), aumentan las ventas de revistas especializadas, el "share" televisivo o el negocio de los abogados por las querellas interpuestas ante el ataque al honor personal.

En resumen: la curiosidad forma parte de nosotros, para bien o para mal.

P.A.M.213

ANEXIONES

Me parece increíble que mi genial relato del número anterior de esta revista no haya tenido la repercusión que yo imaginaba. Ni una crítica, ni una reseña. Me parece imposible que así sea. No voy a desconfiar de los editores de este panfleto, pero hasta estaría dispuesto a creer que las innumerables cartas que, sin duda, fueron escritas en loor de mi obra, han sido envidiosamente sustraídas a mi vista. O, tal vez, los lectores, abrumados por mi grandilocuencia, se han mostrado tímidos y recatados a la hora de enviarme sus

comentarios. Al menos tengo las dos cartas que me fueron entregadas en persona por mi señora madre y el estimado Gazpachito, alabando ambas, en inmejorables términos, las cualidades literarias y visionarias de mi magna obra.

En fin, sean o no margaritas a los cerdos, creo que no es momento de proseguir con otro capítulo de mi novela, no al menos en este medio impreso. No obstante lo cual, y como colaborador habitual de esta publicación, no he querido dejar pasar la oportunidad de adornar sus páginas con una muestra más de mi sapiencia y creatividad. Nuevamente, trataré de tema geopolítico, por más que el asunto del presente número remita más al simple fisgoneo gatuno que a otra cosa. Pero, estimados lectores, la ciencia es curiosidad y ello me justifica para exhibir públicamente mi nueva, patriótica y revolucionaria idea.

Hasta las grandes ideas encuentran apoyo en pequeñas ideas ajenas. En mi caso, debo confesar mi deuda con nuestros amables vecinos marroquíes y sus gobernantes, moritos ellos igualmente simpáticos, por más que siempre quieran ver conflictos territoriales con la que fue, o así debieran percibirlo, su metrópoli y madre patria.

Su concepto de patria, mucho más amplio y sentido que el nuestro, les lleva a irracionalidad. Preferible, en todo caso, a nuestra apatía generalizada. Sin fundamento, piden que se les "reintegren", como parte de su territorio las ciudades españolas de Ceuta y Melilla y las propias Islas Canarias, amén de unos cuantos islotes como aquel tan conocido de Perejil. El caso es que la táctica de la proximidad ya les sirvió para anexionarse todo el Sahara Español, con que es lógico que prosigan con su línea de petición machacona.

No deja de tener su sentido la reclamación del moro, aunque tal sea equivocado. Porque, para ser más correcto, debería apropiárselo nuestra gran nación para, al estilo del Emperador Carlos, buscar la unidad bajo la bandera de la patria y la fe.

Marruecos nos pide terrenos más por proximidad y tamaño relativo que por historia. Así pues, con idéntico argumento y añadiendo el peso del pasado, España podría, y debería, reclamar otros territorios para absorberlos en su seno. Con razón, deberíamos anexionar Portugal, ese trozo de Iberia que se desgajó por razones

del momento que hoy en día carecen de sentido. Unida Iberia, recuperemos Gibraltar, anexionemos Andorra. Sin una gota de sangre, por supuesto, sino apoyados en el derecho internacional que nos asiste. Así, por tamaño, proximidad e historia, deberíamos reclamar para España ese Sahara que perdimos y que preferiría volver a nosotros. Tras ello, reclamemos el viejo territorio rifeño y, por no separar con fronteras lo que ya iba unido, quedémonos con todo el país alhauita. Sigamos entonces con nuestra expansión y recuperemos el Rosellón, la Gascuña, quizá todo lo que fue el viejo reino godo –e hispano- de Tolosa. Más tarde, toda la Magna Grecia que nos perteneció, Saboya y el Milanesado, los Países Bajos , sigamos con el Imperio Austriaco que un día nos rindió obediencia, prosigamos con Alemania y, ya que quedan de por medio, absorbamos Francia y lo que queda de Italia en España, la nación a la que en rigor pertenecen. Ahora que nuestro país está crecido, no es tiempo de amilanarse sino de seguir con las absorciones. Ni violentas ni agresivas, meramente lógicas y de hermanamiento. Quedémonos con la Grecia de los almogávares y sus provincias limítrofes, con Orán y todo el territorio argelino, reclamemos esa Guinea que aún nos es más fiel que su infiel dictador y sigamos con la expansión por toda el África. Y, ¡cómo no dar el salto transatlántico! Dejemos que los hermanos americanos que ahora nos visitan vuelvan al seno de la patria, asimilemos al buen pueblo filipino y extendamos nuestra influencia por todo el orbe…

¡Vaya! Veo que mi idea de anexión racional se va aproximando a mis visiones conquistadoras del nuevo imperio hispano que describí con cierto detalle en el número anterior. Veo que, en efecto, era aquélla una gran obra. Si imaginación y razón se unen en un mismo sentido para convertir nuestro país en la gran potencia que siempre ha merecido ser, ¿quién soy yo para buscar otros argumentos en su contra?

¡Ah, amigos, hermanos en España! Observad el futuro con optimismo. El Sol dejará de ponerse en España, como antaño. Una, Grande, Libre. ¿por qué se habrá abandonado tan bonito lema?

En fin, os dejo que lo penséis y que admiréis mi inteligencia sobrehumana y geopolítica.

Narciso de Lego

EL VOTO DE LOS TONTOS

Los políticos se matan por conseguir el voto de los tontos. Es el voto que otorga el poder, el que marca la diferencia.

El tonto no siente la menor curiosidad por los programas. Al tonto no le importa cuáles sean las promesas exactas ni el grado de cumplimiento de las mismas a lo largo de la legislatura. Muchos tontos se incluyen entre el nebuloso grupo de los indecisos a los que hay que convencer en el último momento. Estos son los tontos importantes. Hay muchos otros tontos que son de un partido político o de otro como quien se hace de un equipo de fútbol. Luego, si los suyos ganan, hasta entonan el "campeones" de rigor.

Al tonto importante, decía, no le convencen con programas o medidas concretas. Le hastían las palabras, le marean los discursos y aún más los debates. Pero el tonto tiene ojos y, a su limitada manera, una forma de percibir el mundo, también el de los políticos. Al tonto le puede enamorar una sonrisa, un gesto afable, un bonito decorado o una elegante corbata. Saber lo que el tonto desea en cada momento es más difícil de lo que parece. Así que, por complejo que sea, es mejor sondear previamente y, si es posible, crear tendencia, como quien crea moda. Porque de eso se trata, de moda. El candidato es casposo o indeseable por un rictus de desagrado, por un mal traje, un cerco de sudor o un discurso mal preparado. Es casposo por el decorado que le colocan detrás y hasta por su nombre o su cara. Un calvo nunca será presidente, un bizco tampoco. El candidato debe transmitir al tonto honradez y buena presencia. Debe dar bien en la cámara. El candidato ha de ser un consumado actor, un perfecto ejemplo de bonhomía fingida. Ha de parecer el yerno que toda abuela desearía, o el abuelo que toda joven querría tener, el compañero fiable en el trabajo y el tipo seguro que nos pueda arrastrar tras de sí, en pos del éxito o hacia el más escandaloso de los fracasos sin un mínimo gesto de duda o titubeo.

¡Ay, el voto del tonto! El político soñará con él. Soñará con esos millones de bobos ignorantes para los que la democracia es espectáculo, que no perciben la demagogia porque ni siquiera saben lo que es. Que quedarán satisfechos si el candidato estrecha su mano o

se deja acompañar en un anuncio o en un mitin por seguidores que nos caigan simpáticos.

El señor candidato puede ser malo, torpe, retorcido, capullo, hasta feo y preferiblemente imbécil, pero el producto al que representa debe ser atractivo para el público, interesante para el comprador, tan bonito y apetecible como para motivar al tonto a que se acerque el día de las elecciones hasta su mesa, deposite el voto y se marche satisfecho por el deber cumplido.

Luego son sólo cuatro años hasta el siguiente espectáculo. Menos, en realidad, si tenemos en cuenta las elecciones de todo tipo existentes: municipales, autonómicas, nacionales, europeas. No importa lo que haga el elegido. ¿Acaso no era el mejor? El más simpático, honrado y majete, por supuesto.

Eso sí, pregúntale al tonto de rigor cuál era el eslogan, cuáles las promesas, de qué color los decorados. No podrá responder. Ya ha adquirido su producto. Ha tenido su breve y fugaz espectáculo. No le pidas que conserve ninguna idea de lo sucedido más allá del regusto agradable de haber hecho, sin lugar a dudas, lo más correcto.

¿Una leve curiosidad por el resultado? ¿Un asomo de interés por el desarrollo del programa? Ninguno, por supuesto. Sé tonto. También tienes derecho a ser feliz. Y a votar por quien TÚ quieras.

Tal vez el tonto sea yo, dándole importancia a asuntos de esta índole. O tú, si me estás leyendo con interés y te identificas con mis opiniones.

En fin, cuántas tonterías puede decir un votante desencantado y obviamente confundido.

Juan Luis Monedero Rodrigo

CONTAR LA VIDA

Tendemos a confundir al fisgón con el curioso. Y mezclamos curiosidad y cotilleo. A veces uno puede ser dolorosamente consciente de su error.

¿Por qué digo todo esto? Es el tema de la revista, claro. Pero también está relacionado con el presente artículo, dedicado a los taransarií. Se trata de uno de esos pueblos perdidos tan sorprendentes a los que acostumbramos ignorar sin ningún pudor.

Esta gente forma pequeñas comunidades seminómadas en las selvas de Birmania, el ahora maltratado país de Myanmar. Y de ellos no se sabe desde hace varias décadas, tal vez absorbidos por el mundo moderno, eliminados por sus vecinos o, simplemente, desaparecidos del mundo visible de lo noticiable.

De ellos nos habló por primera vez el misionero portugués Leandro Almeyda en sus Crónicas Índicas, dedicadas a su entonces monarca Felipe III, nunca publicadas completas y, por lo que se supone, jamás leídas por el rey ni ninguno de sus colaboradores, aunque plagadas de hallazgos y curiosidades, también de las mitologías y fantasías tan al uso de la época.

El monje habla en su libro de muchas gentes y lugares, todo ello mezclado en un estilo moralizante y pomposo que hace difícil y árida su lectura. Pero, entre otras gentes, nos habla de los taransarií, sin mencionar su nombre, como gentes amables y confiadas, aunque también volubles y reacias a cualquier conversión, a la par que "los más grandes fisgones que haya conocido el orbe todo".

No habla mucho más de los taransarií pero, cuando el alemán Helmut von Nevman tropezó con ellos en sus exploraciones del siglo XIX y tomó conocimiento de sus costumbres, quedó bien claro que los cotillas referidos por el señor de Almeyda no eran otros que los simpáticos taransarií descritos por Nevman en su "Viaje más allá del Siam".

¿Qué tenían de peculiares estas gentes para que Almeyda los tachase de fisgones y Nevman de simpáticos, ambos de amables y confiados? Un carácter de lo más apacible, poco adecuado para el mundo moderno, y unas creencias peculiares, de raíz budista, o quizá de un animismo arcaico que, por pura coincidencia, se asemeja al budismo, que los hacen tremendamente curiosos por las vidas ajenas de los que les son queridos.

No hay mayor signo de deferencia por parte de un taransarií que el de preguntar al amigo por su vida y milagros. El extraño sabe que ha sido aceptado en la comunidad sólo cuando alguno de sus nuevos conocidos le pregunta directamente por su vida personal y su historia.

Costumbres extrañas las hay por doquier. Hasta en el vecino más anodino las encontraríamos si nos tomáramos la molestia de

indagar en su vida. Pero la de los taransarií, al contrario, deja de ser simple excentricidad o locura cuando uno entiende el porqué de su interés. Si preguntan no es por cotilleo, su fin último no es sonsacar por sonsacar. Ni siquiera es tan sólo agradar al invitado, como se hace en nuestra sociedad con el desconocido al que se pregunta por educación en una reunión cualquiera. No se trata de eso. Los taransarií mantienen la firme creencia de que la muerte no existe. Es tan sólo un breve paréntesis antes de la reencarnación. Pero su idea de transmigración de las almas resulta un tanto peculiar. Según su forma de entenderla, el alma vaga perdida en un mundo subterráneo y oscuro, poblado de terribles presencias a las que también se adora, como mera protección del vivo y del que aún deambula. Las almas pueden llegar a olvidarse de sí mismas si permanecen mucho tiempo en ese limbo de lo espiritual. Entonces podrían llegar a convertirse en sombras de sí mismas, en parte de esa comunidad malévola que acecha a las almas comunes. Y nada hay más terrible para un taransarií que quedar sumido para siempre en la oscuridad del olvido.

Según su creencia existe un modo de evitar esa caída entre las sombras, una manera de sortear el olvido y favorecer la reencarnación de los seres queridos. No una reencarnación cualquiera, sino en otro ser humano de la propia comunidad de la que en su día formó parte. Dicho método consiste en relatarse los unos a los otros sus respectivas existencias. Con más detalle las de los seres más próximos y queridos. El objetivo de las narraciones no es satisfacer curiosidades, bienintencionadas o malsanas. La idea es que, cuando una pareja procrea un nuevo hijo, su alma proviene del mundo de las sombras y se reconoce con más facilidad en aquellos que todavía conservan memoria de quien fue. Sus familiares o amigos que escucharon y aprendieron su vida, completa o en retazos, podrán engendrar un bebé en el que vuelva a asentarse su alma, aferrada a esos recuerdos mantenidos desde la generación anterior.

Más tarde, según dicen, siempre se pueden reconocer detalles del venerado difunto en el retoño inspirado con su alma por sus padres. No es exactamente igual, porque los recuerdos se pierden en el limbo de oscuridad, pero sí conserva su esencia más íntima.

Esta práctica familiar y tribal preside también las alianzas entre clanes. Nada hay más seguro para afianzar un pacto que contarse la vida: los jefes, los guerreros, los chamanes, los ancianos. Así las dos comunidades quedan ligadas para siempre y cualquier agresión se convierte en una monstruosidad impensable. Ni aun el más loco de los taransarií rompería un pacto y se atacaría a sí mismo, a los suyos.

Por eso mismo es un signo de gran deferencia para con un forastero el que un taransarií se decida a compartir su vida con él y le pida el relato de sus memorias y recuerdos. Es la más estrecha alianza y prueba de afecto que se puede esperar de ellos. De modo que la sorpresa de aquellos indígenas amistosos que preguntaron al cura Almeida y fueron rechazados debió de ser mayúscula. Incomprensible que quisiera relatarles la vida de ese tal Jesús pero no la suya, y que no quisiera escuchar la de cada uno de sus amistosos oyentes.

Nevman no tuvo ese problema. Aunque la antropología decimonónica era un tanto primitiva e invasora, von Nevman se mostró tan curioso como sus anfitriones y terminó por comprender sus costumbres, que dejó plasmadas en un par de capítulos de sus relatos. El alemán les debió de caer en gracia pues, según indicó, fueron varios los taransarií que intercambiaron recuerdos con él.

Si sus creencias tienen algo de cierto, tal vez exista todavía entre sus tribus algún descendiente de Nevman. Ya que el explorador, aunque llegó a casarse, no dejó descendencia directa, tal vez un indígena heredó su alma y la transmitió de generación en generación hasta la actualidad, si es que la tribu no se ha extinguido aún.

La transmigración de los taransarií puede incluso dar saltos, pues es costumbre que, por evitar pérdidas de almas, entre ellos se relaten una y otra vez sus vidas, pero también las de sus antepasados y los amigos de sus antepasados, no sea que las almas no lleguen a arraigar adecuadamente y deban esperar más tiempo hasta volver al mundo.

No es raro que, según los informes, los indígenas pasen la mayor parte de su abundante tiempo libre relatándose una y otra vez sus historias, quizá ya noveladas y cambiadas, de las vidas de sus vecinos, amigos, familiares, padres, hijos, abuelos… No es extraño que

el bueno del padre Almeyda se marchase de allí convencido de que aquellas gentes eran la raza más cotilla que había conocido el mundo.

Euforia de Lego

Ya he perdido la curiosidad. Todo aquello que desearía saber, lo que me anima a buscar hasta encontrar, es aquello que se encuentra más allá de mis posibilidades y mis capacidades. ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Para qué estoy aquí? ¿Estoy aquí? ¿Tiene sentido hablar de un después de la muerte? ¿Qué es el Universo? ¿Qué/Quién soy yo en él? Puedo preguntar y morirme de deseos por una respuesta de verdad. Pero no puedo saber. Tal vez, incluso, si la respuesta existe, mi mente, mi yo, es demasiado simple para abarcarla y comprenderla. Lo demás, lo que sí podría saber, creer que sé, no me importa en absoluto. En consecuencia, he perdido la curiosidad. Soy yo, claro está, creo ser:

El temible burlón

LAS GAFAS DE LINCEO

La sala era inmensa, lo cual hacía incrementarse progresivamente los nervios de Ezequiel. ¿Se habría sentido igualmente abrumado su padre cuando, cuarenta años atrás, fue el encargado de presentar su proyecto ante la Comisión? Seguramente sí. Pero el paso de los años no había logrado alterar la imagen que Ezequiel tenía de su padre, ahora un anciano. En situaciones como aquélla parecía siempre el más tranquilo, el más preparado, el más seguro. Su hijo tenía la impresión de no dar la talla. Estaba obligado a ello. No en vano lo habían escogido como responsable de la Fundación Linceo ante el Consejero de Asuntos Espaciales de Naciones Unidas. Ser el descendiente directo de un genio como Chou Wang tenía más inconvenientes que ventajas. O así le parecía a Ezequiel cuando afrontaba aquel desafío. Se había empeñado en seguir sus pasos y, en un comienzo, las puertas parecían abrirse ante él con más facilidad de lo esperado. Su padre nunca quiso usar sus influencias, pero su nombre tenía mucho peso tanto en la administración como en los ambientes

académicos. Ezequiel trató de demostrar su valía, pero todos parecían esperar que fuera un nuevo Chou, un genio capaz de resolver problemas imposibles, con su mismo talento, con idéntica fuerza de voluntad e igual capacidad de persuasión. Obviamente, no sucedía así. Chou era Chou y Ezequiel era Ezequiel. Y era Ezequiel el que se había forjado una posición en la Fundación, aunque no se le escapaba que, si su apellido hubiera sido otro, por muy capaz que fuera, no habría sido el elegido para esa entrevista. Mucho dinero, muchos puestos de trabajo, muchos desafíos técnicos y, ante todo, la posibilidad de realizar increíbles descubrimientos dependían de su capacidad para presentar el nuevo proyecto y convencer a los burócratas de que era, más que útil, necesario, más que necesario, imprescindible. Ezequiel no estaba muy seguro de ser la persona adecuada para vender el proyecto, ni mucho menos aún para vender el humo que acompañaba a los simples datos técnicos.

Más difícil lo había tenido Chou Wang, por supuesto. Pero Chou era Chou…

-El Consejero Benslaiman lo atenderá en unos minutos –le anunció un atento ujier-. Entretanto, si le puedo servir una copa o proporcionarle algún entretenimiento…

Ezequiel declinó amablemente la oferta y el ujier se alejó. Hizo como que repasaba en el ordenador los datos del informe, pero no podía ocultarse la tensión a sí mismo. Unos minutos más de espera, un aplazamiento de la entrevista. Tal vez al Consejero Benslaiman, alto representante de las Naciones Unidas para temas de investigación espacial y ciencia, el asunto de Linceo no le parecía tan importante, urgente y apremiante como a los que le dedicaban toda su vida y soñaban con dar un paso más. Ezequiel se obligó a calmarse, mientras las cifras, casi incomprensibles, pasaban ante sus ojos que no veían. Su cabeza estaba en otra parte. Recuerdos.

Mucho más difícil lo había tenido, sin duda, su padre, cuarenta años atrás. Un joven y prometedor astrónomo de la Universidad de Pekín. Astrónomo e historiador, extraña combinación en aquellos tiempos en los que nadie suponía que pudiera hallarse la mínima relación ni hermanamiento entre dos disciplinas tan aparentemente divergentes como la astrofísica y el estudio historiográfico. Fue su

padre quien tuvo la idea de unirlas y hacerlas compatibles por medio de un proyecto tan ambicioso y extraño que parecía una locura: Linceo.

Los antecedentes del mismo habían revolucionado la ciencia, los viajes y los modos de vida de la humanidad. Habían cambiado por completo la visión del universo extendiendo casi hasta el infinito el espacio humano y las posibilidades de los viajes y las colonizaciones. Lo que parecía locura sólo unas décadas antes, empezaba a convertirse en rutina, la magia de lo incomprensible transformada en simple hábito.

¿Qué relación podía existir entre los viajes interplanetarios, la observación astronómica y la ciencia histórica? Quizá la idea, por extraña que sonase, existía en las mentes de diversas personas, pero quien la expresó en voz alta y la convirtió en realidad fue Chou Wang, tal vez orientado en sus deducciones por su labor como astrónomo y su pasión, más afición que oficio, por la historia universal.

Sólo unas décadas antes de Linceo, el hombre permanecía atado a la superficie de la Tierra como una polilla a su luz o un gusano a su lodo. Viajar hasta Marte era una proeza, enviar hombres y suministros a la minúscula base lunar, un acontecimiento. Se venía especulando, desde bastante tiempo atrás, con la posibilidad de realizar viajes translumínicos. Los físicos teóricos habían propuesto diferentes posibilidades, tan alocadas, en su mayoría, como peregrinas. Parecía claro que el límite físico a la velocidad de la luz planteado por la relatividad era infranqueable, comprobado que, por medios físicos, era imposible acelerar la materia no ya hasta la velocidad de la luz, sino hasta sus proximidades. El dispendio energético era inasumible, las consecuencias para la materia acelerada, catastróficas. Micrometeoritos y entropía eran dos de las más serias dificultades para lograr ese mínimo acercamiento a velocidades que pusieran a una persona en el camino del viaje interestelar. Y entonces, como lo más simple y natural, se descubrieron los tan cacareados agujeros de gusano y, más sorprendente aún, el modo de extenderlos a tamaños macroscópicos y usarlos como puertas al viaje interestelar.

A Ezequiel que, al contrario que su padre, no contaba en su preparación con una formación científica avanzada, siendo, en particular, sus conocimientos de física más bien rudimentarios, se le escapaba la base teórica de los túneles de gusano. Algo así como unas

anomalías en las cuerdas básicas que tejían el universo, como extrañas puntadas de un bordado que unían entre sí dos lugares del universo separados entre sí. Auténticos atajos del espacio-tiempo que permitían cruzar un umbral cercano y abrir una puerta de salida en otro punto del universo situado a años-luz de distancia del primero. Era lo más próximo al teletransporte que nadie hubiera podido soñar. Abrir la puerta de tu casa, cruzar hacia el exterior y encontrarte, en vez de en el patio, en las antípodas sin haber dado más que un corto paso.

Así sonaba muy sencillo, pero Ezequiel era consciente de la complejidad y dificultades que entrañaba convertir en práctico aquel argumento. Por lo visto, lo más difícil era convertir el diminuto agujero, de dimensiones planckianas, en un portal macroscópico. Aquello, en teoría, requería del dispendio de unas cantidades de energía tan astronómicas que convertían toda la teoría en un bonito juego mental, en papel mojado sin posibilidad alguna de tornarse real. Sin embargo, cuando casi todos los físicos daban carpetazo al descubrimiento de los agujeros como una nueva curiosidad sin más utilidad que completar las extrañas ecuaciones que los cosmólogos elaboraban para describir el universo y su evolución, Omar Williams descubrió aquella triquiñuela cuántica que permitía dar el salto sin tanta energía como se preveía.

Aquello fue la revolución. Se empezaron a buscar agujeros en el espacio inmediato a la Tierra. Teóricamente, tales anomalías del espacio-tiempo habían de ser relativamente frecuentes, pero primero no existía una técnica para buscar algo tan diminuto y extraño y, después, cuando se desarrollaron las técnicas adecuadas, no había más remedio que realizar búsquedas exhaustivas, lentas y aburridas hasta toparse con alguna de aquellas puertas al espacio.

Poco a poco empezó a haber suerte y así se pudo demostrar que la teoría se correspondía con una sorprendente y maravillosa realidad. Aquello era como la lotería: uno encontraba un agujero, lo manipulaba para convertirlo en lugar de tránsito y luego lo probaba para determinar dónde llevaba, lo cual era imprevisible a priori. El arrojado explorador con valor suficiente para cruzar el umbral, se arriesgaba, por una parte, a que el conducto lo llevara junto a una

estrella que lo achicharrara o a un lugar del espacio profundo tan invadido por la radiación que lo aniquilaba en un segundo. Por ello se acostumbraba enviar robots. En ocasiones no regresaban, bien porque el punto de salida era un lugar de nefastas condiciones o porque el agujero sólo era de entrada y no de salida. Con el tiempo se descubrió cómo mandar información en los dos sentidos, incluso en los más complejos agujeros. Con el tiempo se seleccionaron rutas alternativas y se trazaron verdaderas autopistas con transbordos y desvíos entre los diferentes lugares que, lentamente, se iban descubriendo y colonizando.

La técnica era un hecho. La conquista del espacio, la colonización de docenas de nuevos mundos, el descubrimiento de más mundos y nuevos límites era un hecho. A través de las puertas viajaban técnicos, militares, científicos. Pero también, cuando el lugar era habitable, se empezaron a enviar colonos. En aquel tiempo eran todos personal experto y de completa formación. Parecía mentira que, en medio siglo, se hubiera llegado a la situación actual, con personal sin cualificación marchando hacia su Eldorado particular, arribando a mundos deshabitados como tierras de promisión en las que labrar un futuro y con las que saciar las ansias aventureras y las ambiciones de tanta gente.

En aquellos tiempos, la labor de los astrónomos implicados en los desplazamientos por agujero era más bien cartográfica, de localización de todos aquellos nuevos mundos. Los agujeros descubiertos llevaban a quién sabía dónde y era tarea de los astrónomos, como en la Tierra de los topógrafos y cartógrafos, el calcular distancias y posiciones para determinar la situación de cada mundo recién descubierto y, tal vez, susceptible de colonización.

La astronomía meramente descriptiva comenzó una nueva edad de oro en la que todavía se encuentra. Los astrónomos cruzaban los agujeros de gusano con el fin de observar el cielo alienígena y buscar pistas en él que informaran de la localización aproximada, rara vez exacta, de los nuevos planetas y sistemas descubiertos. La mayoría se hallaban dentro de la propia Vía Láctea, muchos en las inmediaciones de nuestro Sistema Solar, a varios miles de años-luz de distancia, lo cual no podía calcularse con precisión, y sólo unos pocos en

el despoblado espacio inmediato, a pocos cientos de años-luz. Se descubrió que algún agujero llevaba a otras galaxias, a confines de todo punto desconocidos. Y así el universo quedaba en manos del hombre. Encontrar vecinos cósmicos, explorar cada confín del espacio, analizar cada mundo y cada estrella adonde un agujero llevaba, era cuestión de tiempo y un maravilloso sueño hecho realidad.

Su padre, Chou Wang, era uno de estos astrónomos al servicio de las Naciones Unidas, encargadas de coordinar la investigación. Chou viajó a cuatro o cinco lugares del espacio y se mostró especialmente hábil en las difíciles tareas de la localización, siempre aproximada, siempre en duda. Se labró un nombre en aquel boyante gremio de los astrónomos espaciales. Era el más inteligente, el más capaz, el más creativo. Era un genio, respetado por todos, pese a su juventud. Y si, por aquel entonces, ya la idea bullía en su cabeza, pronto la oportunidad de expresarla en público y luchar por ella se le presentó en la forma de un nuevo agujero y un nuevo planeta desolado pero no carente de interés. Argos, se lo llamó a la postre. Y Chou tuvo parte activa en que ése fuera el nombre y no otro.

Su padre no estaba destinado en Argos cuando el planeta fue descubierto y no se llamaba así. HK-321b, era su funcional y poco emotivo nombre. Hacía referencia a una expedición más dentro de una amplia serie, a las exploraciones dentro de aquella pequeña escapada y a una simple norma clasificatoria. El astrónomo asignado pasó de la emoción a la mayor de las decepciones. Supuso que aquel mundo era el más próximo a la Tierra nunca descubierto. Un verdadero vecino estelar que podría colonizarse y servir de puente entre la Tierra y su espacio más inmediato. Pero HK-321b resultó ser un yermo, un mundo desértico, frío, sin atmósfera ni ningún interés económico en forma de minas o cualquier recurso. Al astrónomo, un tal Ignatiev del que nunca más se supo, le sorprendió que otro astrónomo se presentara voluntariamente a sustituirlo e intercambiar sus destinos. Era Chou, el ya famoso entre los compañeros Chou, y le dejaba un hermoso mundo terrestre, lejano y prometedor, aún sin localizar pero con grandes perspectivas de colonización, amén de su situación con respecto a su Sol, de su masa planetaria, su atmósfera, su composición, su temperatura superficial. Ignatiev dio gracias a Wang y a los dioses y

se marchó de inmediato a RS-102, el actual y próspero Tethys, en la constelación del Can Mayor, dejando su secarral al estúpido chino que se presentó voluntario para malgastar un par de años de su vida en aquel mundo inhóspito y sin futuro. O eso creía él.

Wang ya sabía a lo que iba. Su proyecto, Linceo, ya estaba perfectamente asentado en su mente. Y fue capaz de llevarlo a cabo a la par que su éxito le ayudó a comprobar, al menos en ése caso concreto, uno de los puntos más controvertidos de la teoría más aceptada sobre los agujeros, referida a su situación temporal. Wang demostró que el Proyecto Linceo era posible y, de paso, comprobó que, en el sólo caso analizable de Argos, la salida del agujero se producía sin desfases temporales con respecto a la Tierra, con el error experimental inevitable de los complejos cálculos de localización.

-Señor Wang –el mismo ujier-, el consejero Benslaiman me informa de que su reunión va a retrasarse aún más. Le reclaman asuntos urgentes. Si lo desea, está dispuesto a aplazar su encuentro para esta tarde, a la hora que le resulte más conveniente.

No, Ezequiel no deseaba aplazar su encuentro. Deseaba que ya hubiera tenido lugar, que no se retrasara más. Pero de poco servían sus deseos.

-¿Cuánto más puede tardar el señor Benslaiman?

El empleado dudó.

-Como mínimo media hora, pero no puedo darle un plazo concreto.

-Esperaré –anunció Wang, tan tozudo como resignado.

Volvió a quedarse solo en la enorme sala de recepción. Al poco, un robot le trajo un refrigerio: bebida refrescante sin gas y un platito con varios canapés, de bonito aspecto y escasa consistencia.

Esperas. Mucho más tuvo que aguardar su padre. Y hubo de lidiar con muchas más organizaciones, estamentos, gerifaltes y burócratas. Fue una larga carrera, pero triunfó. Su espera y su lucha merecieron la pena. Ezequiel no podía, no debía, fracasar. Él tenía menos obstáculos en su contra. Tal vez el principal era el coste económico del nuevo proyecto, muy superior al anterior. Confiaba, eso sí, en que el éxito de Argos le sirviera para abrir esa puerta.

Su padre comprobó que aquel planeta desierto y poco prometedor se encontraba a doscientos setenta años-luz de la Tierra. Desde su atalaya espacial pudo enfocar la pequeña canica azul y observar su luz. Entonces planteó su revolucionaria idea: puesto que la luz de la Tierra tardaba casi trescientos años en llegar desde la Tierra a aquel inhóspito HK-321b, ¿por qué no construir un telescopio gigante en la superficie desierta para captar la luz de la Tierra con el máximo detalle y, si la teoría era correcta, observar nuestro mundo tal y como era en los albores del siglo XIX? Parecía una locura y como tal fue recibida la propuesta. Se dijo que el telescopio debería ser demasiado grande y caro. Se dijo que la atmósfera de la Tierra dificultaría cualquier observación superficial. Que el detalle logrado no sería suficiente más que para ver aspectos del relieve, que las interferencias condenarían cualquier observación, que no podrían separarse información y ruido de fondo, que la radiación impediría observar cualquier objeto individual. Los argumentos en contra parecían contundentes, pero Wang no se desanimó. Demostró que la tecnología permitía realizar discriminaciones más allá de lo aceptado, mostró que, con programas informáticos adecuados, se podían depurar aún más los datos y, ante todo, mostró un par de modelos de colosales telescopios, uno óptico y otro de infrarrojos, cuyas dimensiones, según sus cálculos, permitirían observar la superficie de la Tierra con detalle suficiente como para diferenciar personas y sus evoluciones, para contemplar, a fin de cuentas, a los actores de la historia en movimiento.

La mayor parte de los foros científicos rechazaron por irrealizables las originales propuestas del joven Wang. Pero, como la Real Sociedad Británica le prestó oídos, más por curiosidad histórica que por verdadera confianza en el proyecto, Chou Wang contó con dinero como para ejecutar una versión a escala de su telescopio óptico, pudo instalar sus sensores y filtros y desarrollar el software de manejo de datos. El primer prototipo de Linceo era una máquina relativamente modesta que se instaló en HK-321b en modo de pruebas y demostró, pese a sus limitadas capacidades, que desde allí se podían observar con cierto detalle las ciudades y construcciones humanas de principios del siglo XIX. Aquellas fotos aéreas, consideradas

imposibles sólo seis meses antes, dieron al proyecto Linceo el espaldarazo necesario y, tras el mecenazgo de la Real Sociedad, Wang pudo encontrar el apoyo económico, académico y gubernamental necesario para completar su creación. El secarral de HK-321b pasó a llamarse Argos y varios cientos de técnicos y estudiosos, científicos e historiadores, se trasladaron allí para poner a punto los monumentales telescopios que permitieron estudiar la historia de la Tierra desde el espacio remoto.

Las primeras pruebas demostraron con cierta precisión que en la Tierra corría el año 1805 de la era cristiana., que el cálculo de la distancia correspondía con las estimaciones meramente lumínicas y de referencias astronómicas y que el salto a través del túnel no había alterado, al menos significativamente, el discurrir del tiempo, confirmando la teoría predominante.

Wang sabía que necesitaban un golpe de efecto para ganarse al público y, por tanto, el aval de sus circunstanciales patrocinadores y de otros nuevos. De acuerdo con la Real Sociedad que había costeado los primeros ensayos, se decidió que, puesto que cada telescopio sólo podía dar una imagen concreta de la Tierra, era necesario enfocar con precisión el lugar e instante temporal que se decidiera de mayor importancia en cada ocasión. Y confiar en que las imágenes fueran de utilidad. Sólo podían observarse los acontecimientos visibles desde aquella enorme distancia cuando el planeta madre mostraba su cara iluminada por el Sol. Y había que confiar en captar alguna imagen útil. No había segundas oportunidades y cada día transcurrido era irrecuperable para la observación, junto con todos sus acontecimientos, captados o no desde los telescopios de Argos. Entre todos los hechos, se decidió enfocar la mirada de Linceo en la entonces turbulenta y efervescente Europa. El primer gran hecho, la prueba de fuego del proyecto, la que se convertiría en su piedra de toque y buque insignia o en su tumba, sería la batalla de Austerlitz, la batalla de los tres emperadores celebrada en la Moravia Meridional y donde Napoleón logró su mayor victoria el 2 de diciembre de 1805, pues los cálculos y previsiones indicaban que, en tal fecha y situación, la visibilidad, salvo imprevistos meteorológicos o radiativos que corregiría la técnica, sería la ideal.

Éxito rotundo. Cuando la fotografía de un sonriente Napoleón, reconstruido en sesgo a partir de las tomas de ambos telescopios, apareció en la portada del Time, mostrando el verdadero rostro del general victorioso, el mundo se rindió a Linceo y a Chou Wang, su principal artífice y valedor.

Desde entonces, éxito tras éxito, acompañado de docenas de fracasos y decepciones que no se publicitaron, ocasiones perdidas o malgastadas. Por primera vez los historiadores podían observar a los héroes del pasado realizando sus gestas en el momento cumbre. Incluso, en ocasiones se podían captar los rasgos de los personajes, se los podía ver vocalizando y reconstruir sus palabras, se los podía retratar y se podían grabar sus evoluciones, sus gestas y su vida cotidiana. El milagro de Linceo dejó de serlo y se convirtió en simple herramienta.

Año tras año se pudieron grabar escenas de las guerras napoleónicas, la locura del rey Jorge, el barco de vapor de Fulton, las exploraciones en Canadá de Thomson y Fraser, los indígenas amerindios, Waterloo, las independencias americanas, la conquista de Bombay… y tantos y tantos otros acontecimientos, observados en lugar de otros miles y millones de hechos que quedaron sin grabar, y aun otros que se intentó enfocar, como la corte en Pekín tras la muerte de Kien Lung, el gobierno del sultán Mahmud, y varios más que resultaron malogrados. Pronto las observaciones empezaron a contar con su propio patrocinador: gobiernos locales, grupos de aficionados, costearon de su bolsillo las investigaciones que ellos mismos promovían, fuera el estreno del "Barbero de Sevilla" –sólo vislumbrado térmicamente a través de las paredes del teatro- o la venta de Florida a los estadounidenses.

Varias décadas de sonoros éxitos coronaron la trayectoria del Proyecto Linceo y, con ello, de su propio padre, Chou Wang al que, en ese tiempo, le sucedieron otros acontecimientos igualmente importantes: conocer a Rose Zachary, que se convirtió en su esposa y, por tanto, madre de él mismo, recibir premios y galardones por doquier, dirigir el Proyecto como administrador general, asistir a su nacimiento, volver a la Tierra para viajar por todos esos lugares que había grabado, regresar a Argos y ver crecer el proyecto y a su hijo

con él. Y, finalmente, dos años atrás, jubilarse y convertirse en profesor emérito y presidente honorífico de la Fundación Linceo.

Y ahora llegaba el tiempo de la siguiente generación de historiadores astrónomos, con Ezequiel Wang, ya nada joven por otra parte, a la cabeza. Era el tiempo de la renovación del proyecto. Necesaria, no sólo deseable. Su expansión o su fin. Conforme el siglo XIX avanzaba y Linceo grababa sus acontecimientos, se consumía poco a poco el misterio. La extensión de la prensa escrita, de los daguerrotipos y fotografías, antesala del cine y sus noticiarios, hacían casi inútil a Linceo. ¿Para qué grabar con una peor resolución los protagonistas perfectamente documentados? Bien que muchos acontecimientos habían quedado sin cubrir, que las crónicas de batallas, revoluciones o conflictos no suplían la vivacidad de las imágenes grabadas desde el cielo, pero Linceo tendría sus días, en todo caso, contados. Por eso, cuando se descubrió el planeta DD-002c Chou, Ezequiel y sus colaboradores decidieron que era su oportunidad, había llegado el momento de engrandecer –literal y metafóricamente- el Proyecto Linceo. DD-002c, ya denominado Rosetta por los historiadores implicados, se hallaba a setecientos años-luz de la Tierra. Los cálculos indicaban que, con un tamaño adecuado de los receptores, todavía se podría alcanzar una resolución superficial suficiente para grabar y dibujar la historia de aquel tiempo: el fin de la Edad Media europea, el Renacimiento, el descubrimiento de América, las exploraciones, el ascenso de los manchús, el shogunato nipón, ¡tantos acontecimientos al alcance de los historiadores! Era una oportunidad que no podían dejar escapar. Como tampoco podían desperdiciar el descubrimiento de cualquier otro planeta en las proximidades de la Tierra, con vía directa de comunicación, desde donde observar épocas pretéritas, o solapadas con las ya abarcadas por Linceo, para extraer nuevos datos, nuevas imágenes de las que fueron perdidas. Ezequiel, por tanto, no podía, no debía fallar. Y llevaba esperando casi una hora en la antesala del despacho de la persona cuya opinión y decisión más peso tendría en el desarrollo del nuevo proyecto.

-El señor Benslaiman lo recibirá en este momento –anunció finalmente el ujier-. No dispone más que de diez minutos que dedicarle, esperemos que sean suficientes para su propósito.

Ezequiel suspiró, respiró hondo y se dejó acompañar.

-¡Buena suerte! –dijo el auxiliar antes de su despedida, quizá consciente de la ansiedad del entrevistado.

Diez minutos, una eternidad. Ezequiel salió del despacho de Benslaiman con otra cara, con menos tensión que a su entrada. Por suerte para el Proyecto, las Naciones Unidas contemplaban a Linceo como una necesidad mundial. Ahora que la humanidad se extendía por doquier, era importante recordar las raíces de las que todo y todos procedían. Era un proyecto humanista y unificador, así que el gobierno planetario y los gobiernos nacionales parecían bien dispuestos a favorecer que su estudio retrocediera en el tiempo. No hubo objeciones técnicas, que podían haber sido planteadas, tan sólo las económicas temidas. Se sugirió un recorte, una depuración de los métodos. Pero se dio carta blanca a Rosetta. Los científicos de Linceo podían quedarse con DD-002c y habilitarlo para sus estudios. Parte de la subvención del nuevo proyecto sería interestatal, pero eran necesarios otros apoyos privados. Lo esencial era el permiso y el apoyo gubernamental. Lo demás se lograría poco a poco, ojalá más pronto que tarde.

Ezequiel nunca podría ser Chou, ni pretendía compararse con su padre. Sólo deseaba que él pudiera sentirse orgulloso de su hijo. Observar la Tierra desde más distancia y más tiempo, realizar grandes descubrimientos y contemplar el pasado como presente. De paso, comprobar nuevamente la falta de saltos temporales con un segundo caso cuantificable con precisión. Sólo restaba trabajar, seguir trabajando. ¿Quiénes viajarían a Rosetta? ¿Cómo sería la base existente allí? ¿Cómo la transformarían los científicos de Linceo? ¿Qué problemas técnicos y prácticos conllevarían la fabricación de los nuevos y más voluminosos telescopios? Eran desafíos del máximo interés. Y Ezequiel Wang quería formar parte de todos ellos. Eran el tipo de problema que a un tipo curioso como él le satisfacía afrontar y resolver, mucho más que una imprescindible y estresante entrevista

con un burócrata de cuyo omnipotente veredicto dependía poder mantener el resto de sus sueños.

-Papá –le dijo a Chou cuando por fin estableció comunicación con Argos-, ¡lo hemos vuelto a conseguir!

Juan Luis Monedero Rodrigo

SABER SENTIR

Decimos que deseamos saber. Lo proclamamos a voces y, normalmente, afirmamos con vehemencia que luchamos por desentrañar secretos y verdades, por descubrir cualquier misterio o falsedad. Decimos. Porque, en el fondo, no está tan claro que así sea. Es fácil llenarse la boca con anuncios de verdades y luego tergiversarlas o retorcerlas. Es sencillo afirmar que uno busca la verdad y luego conformarse con meras impresiones. Mejor aún, es preferible cambiar las pruebas tangibles de la verdad por intuiciones, por sentimientos que nos parecen, tan ciegos son nuestro instinto y nuestro deseo, más reales que el peso de la prueba física y material.

Tendemos a pensarnos racionales. Suponemos que nuestra mente es capaz de desentrañar los misterios, de comprenderlos y resolverlos. Confiamos en nuestra mente, en el sentido común y luego, de repente, los dejamos a un lado afirmando, con rotundidad y confianza, que nos fiamos más de nuestro corazón, de esa nebulosa impresión a la que llamamos pálpito o intuición. Confiamos más en lo que sentimos, en lo meramente orgánico o animal, que en esa mente de la que presumimos y que, según queremos creer, nos diferencia del resto de seres con los que compartimos este mundo, incluidos los más sofisticados de entre los animales.

Quizá también damos demasiada importancia a la palabra. Estamos convencidos de que la inteligencia de cada cual se puede percibir a través de su conversación, de sus palabras. Si somos capaces de hablar y decir, si tenemos labia o facilidad para expresarnos, nos pensamos listos e inteligentes. Si decimos sandeces pero las decimos bien, si nos parecen coherentes aunque no lo sean, nos las creemos a pie juntillas y nos quedamos tan a gusto. Olvidamos que una máquina podría hablar con suma corrección y no soltar ni una sola frase sensata. Confundimos hablar con pensar. No es extraño,

puesto que siempre, o casi, verbalizamos nuestro pensamiento, nuestra mente es palabra o no nos parece que sea nuestra mente. Así no es raro que nuestros instintos o impulsos nos parezcan de fiar siempre que los podamos verbalizar.

Claro que, en el fondo, no nos basta con poderlos verbalizar o suponer que son sensatos. Recurrimos a la idea, más bien peregrina, de que esa mente en la que tanto decimos confiar es imperfecta y no alcanza a manejar todos los datos. Pensar es un proceso limitado, cojo o ciego, menos fiable, quizá, que ese sentimiento que nos embarga y que nos hace confiar en la intuición. Para justificar lo injustificable afirmamos sentirlo, es algo más profundo, decimos, algo que no se puede expresar con palabras, que no se puede explicar. Y nos parece más convincente precisamente por estar al margen de nuestra limitada razón. Pero, aun en el caso de que los tales impulsos, instintos o sentimientos existan de verdad, por dudosos que parezcan, mera impostura o superstición, simple confusión mental, aceptemos que los impulsos son reales, que esos sentimientos nacen de nuestro interior, sea de lo que llamamos alma, sea de nuestro lado animal o de una parte de la mente sobre la que no tenemos verdadero control, ¿por qué han de estar menos equivocados esos impulsos que nuestra pobre inteligencia? ¿Acaso hay alguna razón para suponer que los genes o la bioquímica son más fiables en sus respuestas que nuestra mente? Más rígidos sí, sujetos a un programa interno y casi inamovible, por más que pueda dar respuestas diversas ante situaciones cambiantes. Esto último es parte de la adaptación de esos sistemas orgánicos. Pero no la infalibilidad. Ni menos aún la superioridad con respecto a la pura lógica, por mal que nos manejemos en ella.

Me parece extraña e increíble esa confianza. Más que superstición. Quizá sea un deseo. La trascendencia que deseamos para nosotros y nuestras existencias parece casar más con esa suerte de magia que, como un fogonazo que no nos molestamos en analizar, ilumina brevemente nuestra vida. La intuición no falla, nos decimos. Lo sentimos, es algo muy fuerte dentro de nosotros. Y parece que ello lo hace más respetable que lo que pueda cavilar nuestra mente, de la que presumimos y a la que, sin embargo, consideramos justamente limitada.

No lo entiendo pero, ante lo complejo, ante la ocasión que nos sitúa en peligro o dificultad, cuando dudamos y nada es seguro, muchos prefieren fiarse de la intuición o el pálpito. Es más importante lo que se siente que lo que se piensa, aun parece que ambos términos, sentimiento y razón, sean incompatibles y enemigos. No creo que sea por escurrir el bulto de la responsabilidad. Ese "es superior a mis fuerzas" o "va más allá de la razón" no parece que sea una excusa. Las creencias se alimentan de deseos y los del hombre suelen ser más bien irracionales, puedan o no justificarse por nuestra animalidad y sus instintos.

La fe no me parece muy distinta de estos "pálpitos". Es cuestión de creer, no de pensar. Racionalizar lo misterioso puede ser incluso pecaminoso. Si nuestra naturaleza nos hace curiosos, nos mueve a tratar de conocerlo todo, interpretarlo con nuestra mente, luego, extrañamente, renegamos de nuestra razón y demonizamos nuestra curiosidad. Hacemos las cosas porque teníamos que hacerlas, porque el instinto nos impelía a ello. Porque, sin entender las razones, algo nos empujaba a lanzarnos con los ojos cerrados por ese camino misterioso y mágico. Es más importante, a la postre, lo que se siente que lo que se sabe. El conocimiento, lo aprehendido trabajosamente por la experiencia o el peso de la prueba ha de ceder y plegarse ante el instinto o la intuición, que ni siquiera nos paramos a valorar en cuanto a sus causas, razones o idoneidad.

Si uno actúa con su razón olvidándose de los sentimientos es un monstruo. Si, al contrario, se olvida de la razón para actuar movido por un impulso irracional, la locura se justifica y, aun en caso de cometer una tropelía, parecemos sentirnos justificados y justificar al prójimo: no pudo evitarlo, era superior a sus fuerzas.

A mí me gustaría poder ser más racional, incluso "monstruoso" según la idea apuntada en el párrafo anterior. Saber antes que sentir, poder anteponer la razón al sentimiento, al deseo verbalizado o el instinto. Pero no siempre puedo. También yo, en ocasiones, más de las que me gustaría, me siento invadido por sentimientos que anulan mi mente y que exigen mi fe. Yo también quiero creer en los pálpitos e intuiciones que, de vez en cuando me asaltan. Aunque, en frío, si pienso en ello, sé que es estúpido y ridículo.

Somos extraños los seres humanos. Lo sabemos y, por una vez y sin que haya conflicto entre ambas vías de conocimiento, también lo sentimos sin que nadie tenga que explicárnoslo.

Juan Luis Monedero Rodrigo

CONFESIÓN

¡Hombre, por fin un tema serio! La curiosidad hace progresar al mundo. Es lo que dicen. Pero no será la mía. Confieso que soy muy pero que muy curioso. Aunque mi curiosidad tiene poco de constructiva. Soy un cotilla de cuidado, de los del tipo malintencionado. A nadie le sorprenderá esta confesión. Ya en otro número me dediqué a airear los trapos sucios de esos santurrones que pululan por esta revista, el Gazpachito y la Nicolasa sobre todo. Confieso también, y es la segunda vez, aunque confesiones habrá muchas más en este artículo, que me agrada particularmente el fisgar las vidas de los friquis, de las señoritingas y todo tipo de idiotas e hipócritas. Pero no tengo demasiados prejuicios a la hora de dejar con el culo al aire a quien sea. Y más a algunas, a las que me gustaría, por mojigatas y bobas que son, aireárselo en privado y disfrutarlo en menesteres que nada tienen que ver con el asunto del que ahora tratamos. Ya saben, me gusta el voyeurismo, pero también las prácticas de anatomía y jugar a los médicos.

Aunque claro, hablando de juegos, regreso al tema del que quería hablar desde el principio. Y es que mi insana curiosidad me llevó en una época a jugar a un oficio bien distinto y, a priori, más santo que el de doctor. Me refiero al oficio de sacerdote. Aun sabiendo que con la iglesia hemos topado y que un Oficio más Santo que el meramente ocupacional podría irritarse profundamente conmigo, no voy a callarme por ello. Si quieren me confieso culpable y arrepentido, que cuesta poco, y prometo intentar que no se repita, pero lo cierto es que, durante esa temporada el asunto me resultaba tremendamente divertido. ¡Vamos!, como que estuve enganchado a ocupar los confesionarios y escuchar los pecados y capulladas que la gente, tan dispuesta, iba a largarle al cura y se los dejaba, metafóricamente, para marcharse de allí más anchos que largos y supuestamente –católicamente- libres de toda culpa.

No os emocionéis. Muchos pecadillos y pecadorros escuché, aunque abundaron más las gilipolleces de santurronas y nunca tuve una confesión de ésas de película con asesinatos o conspiraciones en que el secreto está a punto de conducir al curita a la cárcel por encubrimiento o a la tumba por temor de los delincuentes arrepentidos de arrepentirse o de haber confiado en el arrepentido que se fue de la lengua mordido por la culpa.

Fue, ante todo, divertido. Y supongo que lo habría sido mucho más si hubiera tratado a las personas cuyos secretos conocí. Creo que, en aquel tiempo, hasta habría sido capaz de señalarlos con el dedo en mitad de la calle y reírme a carcajadas.

Hoy en día he cambiado. Ya no me dedico a esos menesteres y tampoco me divertiría airear vergüenzas ajenas. No sé si es mejor así. Personalmente, me siento poco más o menos igual de capullo que por entonces.

No voy a desvelar aquí secretos ni los pocos nombres a los que tuve acceso. Si fueran de importancia, resultaría más práctico chantajear a los sujetos en vez de hacer públicas sus miserias. Tal vez lo haga alguna vez, si es que me veo apuradillo de pasta, la única razón de peso para dar ese paso.

Lo que si voy a hacer es satisfacer un poquito vuestra malsana curiosidad. ¡Ay, pecadorcillos, que os estáis preguntando cómo me apañé por si vosotros podéis hacer lo mismo! Vamos, que si yo fuera paparazzi y mis lentejas dependieran de ello, perseguiría a todos los beatorros y beatorras no con la cámara en ristre, sino con la sotana. Y más que perseguirlos sin más, me enteraría de sus hábitos eclesiales: misas, procesiones y, sobre todo, confesionarios y ritmos de uso. En fin, ahí os dejo la idea.

A lo mío: colarse en la iglesia, apropiarse del confesionario y escuchar a los lerdos y las mentecatas salmodiar sus pecados está chupado. Si la gente no lo hace puede ser:

a) Porque no les da la gana

b) Porque no se les ha ocurrido

c) Porque son de esos que piensan que está mal y procuran evitar lo que creen que no es correcto.

Fácil, facilísimo. Lo hice en tres o cuatro parroquias, así que no debe de ser muy distinto en unas y otras.

Para empezar, los chiringuitos, salvo excepciones, son de madera y están colocados en zonas apartadas de la iglesia. Suele haber un horario de confesiones, todo programado y muy funcionarial. La mayoría de la gente se lo sabe, pero quien más quien menos, por ignorancia o inocencia, se acercaba a confesar si veía que la garita estaba abierta y en uso. Yo, evidentemente, procuraba ser discreto. Evitaba las horas en que lo ocupaba el cura y me las apañaba para abrir la puertecita que, en general, estaba cerrada con llave o candado. Bien pensado, claro, si no fuera porque los cerrojos son de estos de pacotilla, como los de las maletas malas, que uno los abre casi sin dificultad, con un alambre, una ganzúa o, me supongo, hasta con un mondadientes.

La cosa, a veces, era aburrida, pero siempre podía uno echarse una siesta tras una resaca –la iglesia a ciertas horas es un lugar de lo más tranquilo para dormir-, o, con la lucecita que suele indicar a los feligreses que el servicio está abierto, me podía poner a leer o a jugar con la videoconsola o el móvil. A veces, me pillaban dormido, o si la confesión era un poco muermo yo seguía con mi partida, en modo silencio, eso sí. Lo que nunca hacía era escuchar música porque, con los casquitos, no me iba a enterar si llegaba alguien a pedir confesión.

Las más habituales eran las abuelitas de tipo beata que siempre me decían cuatro chorradas que sólo un demente o una señora bien puede considerar pecados. Aunque, en ocasiones, me llevaba sorpresas. Alguno alucinaría con lo salidas que pueden llegar a estar algunas viejecitas, con sus pensamientos y deseos impuros. Y algunas con más que deseos y manteniendo un historial que ya lo querrían muchas ligonas de discoteca. Viejos verdes arrepentidos y confesos había menos. Abundaban más los tipos bien –comerciantes, administrativos, leguleyos- que venían a confesar sus canas al aire y sus timos al personal. De vez en cuando venía una tía buena y joven que me contaba el casquete extramatrimonial que se había echado. Algún casado joven, algún choricillo, algún maricón. También, aunque menos, había algún chaval arrepentido de sus polvos o sus deseos impuros que

acudía en busca de perdón. Seguro que por culpa de su familia de reprimidos o por algún cura o catequista que no sabe en qué siglo ni en qué mundo vive. De todo hay.

Me pillaron un par de veces. Una vez una feligresa que se puso hecha una furia. La otra un curita que se puso aún más cabreado y dispuesto a olvidarse de la paz que siempre predican los de su clase. Pero no hubo mayor problema. Salí por patas en ambos casos y nadie me pudo seguir. Obviamente, a esas dos iglesias no volví, pero había muchas otras a las que acudir.

Si dejé el asunto no fue por arrepentimiento o por miedo. Fue, simplemente, por aburrimiento. Cuando te pasas un par de meses escuchando las mismas sandeces una y otra vez, el asunto deja de tener interés, por mucho morbo que, en un principio, sientas ante los secretos ajenos. Y yo acabé hasta los huevos. Al principio me tenía que aguantar la risa y fingía voces ante los confidentes. Me inventaba penitencias rebuscadas e inverosímiles. A un tipo gordo le dije que debía correr una hora todos los días para expiar su grave pecado –mangar algo de pasta de la caja común de dinero del negocio que llevaba con su socio–. A una guarrilla le dije que tenía que confesarle el secreto a la mujer del marido infiel, lo cual debió de ser la caña para los tres. A otro tipo, requetecornudo y obsesionado por sus pensamientos impuros, le ordené contarlo públicamente en la plaza del parque. Y el tío lo hizo, porque el día y la hora indicados se presentó allí y se puso a largar, hasta que vio en un banco, como cada día, a su mujer pegándosela con un negrazo y se quedó mudo, pálido y verdoso antes de echar a correr tras ellos. La mayoría de la gente, eso sí, pasaba de penitencias si no eran gansadas tipo rezos o promesas litúrgicas. Alguno, ofendido, me dijo expresamente que no pensaba cumplir la penitencia. Algunas eran tan absurdas como que una viejecita se hiciera rastas en el pelo o que un machote machista se paseara por Chueca con ropa gay provocativa. Luego empecé a pasar de componendas y al final hasta me aburrieron los castigos. Así que lo dejé. De vez en cuando, lo confieso, aún me pica el gusanillo de meterme en un confesionario y volver a las andadas. Particularmente, me pone la idea de echar un casquete en el quiosquito con una feligresa guarrilla y de buen ver. Sueños eróticos que tiene uno. Pero dudo

mucho de que vuelva a las andadas. Ya no tendría gracia ni apenas emoción.

Eso sí, no tengo claro que no haya algún otro tipo como yo, ni que los curas no se partan el culo escuchando las historietas que a mí me llegaban. Mira, lo mismo un día soy yo el que voy a confesarme y confieso cantidad de crímenes imposibles y sangrientos para que al curita le dé un patatús. ¿Qué penitencia me pondría? ¿Se chivaría el colega? La cosa, así de antemano, suena bien.

Ahora, que yo de vosotros, si es que sois unos beatillos de tres al cuarto, me cortaría un poco de ir largando intimidades al tipo de turno que esté allí con la orejilla pegada y aguardando vuestras vergüenzas y secretos.

Sergi Lipodias

LOGOSUM

Yo no descubrí el Logosum. De eso nunca podré presumir. Pero sí soy yo quien lo puso en el mapa. Esto no sé si es un motivo de orgullo o de vergüenza, en mi caso. Porque debo confesar que yo hice famoso el Logosum, pero nunca fui capaz de resolverlo. Así que soy uno de los muchos imbéciles de nuestro tiempo. Y temo que eso sí que es una razón más que suficiente para sentir vergüenza y lástima por mí mismo.

Creo que, dicho esto, no harían falta muchos razonamientos. Pero el caso es que quiero, necesito explicarme. Así que allá van mis explicaciones.

Pocos serán los que desconozcan la historia de Logosum. La historia conocida, al menos. El origen del, ¿podemos llamarlo juego?, no está nada claro. El genio que lo creó nunca nos será, probablemente, conocido. Alguien, en un tiempo tan remoto como cinco, quizá cuatro, siglos antes de Cristo, inventó un sencillo tablero, con símbolos, o tal vez fueran en origen cifras de alguna extraña cultura, cuya resolución, a modo de un rompecabezas cualquiera, proporcionaba diversión y ejercicio mental al pensador que se acercaba a él movido por la curiosidad. El "juego" en sí debió de tener poca difusión. Sólo una copia, "la copia" del tablero ha llegado a nuestros días. Y esa copia es la madre de todos los Logosum. Sea cual sea el nombre que el autor -o

autores- dio al puzzle, en la actualidad nos es tan desconocido como todo lo demás. Hasta la aparición de Henrik Lieber, el famoso arqueólogo.

Lieber descubrió el Logosum. Pero nunca supo lo que se traía entre manos. Cuando halló los restos de aquel templo en las montañas del Karakorum no sabía que allí había mucho más que ruinas e historia. El templo, que interpretó como budista, estaba construido en piedra, lo que permitió su conservación. Los muros se encontraban, en su mayoría, derruidos. Quizá fueron destruidos a la llegada de los musulmanes, celosos de cualquier falsa fe del pasado. Al arqueólogo le llamaron la atención los restos arquitectónicos, las columnas, las esculturas, todo maltrecho y, pese a todo, de increíble belleza, aunque fuera más sugerida e intuida que patente en las ruinas, los útiles y herramientas, también las criptas donde había -cosa extraña- varios monjes enterrados. Sólo secundariamente prestó atención a las inscripciones y las pinturas semiborradas. En ellas se encontraba Logosum. Pero claro, eso él no lo podía saber.

Las sucesivas expediciones que, desde su descubrimiento, acudieron al yacimiento de la Montaña del Templo de la Nube, como llamaban los nativos a aquel lugar, fueron recopilando más y más muestras. Las excavaciones sacaron a la luz nuevos restos. Los estudiosos intentaron reconstruir el aspecto original del lugar a la vista de sus ruinas, hallaron más objetos, huellas de la vida de los monjes y hasta los restos de un vertedero al pie del cerro, donde, siglo tras siglo, se fueron acumulando las basuras y escombros del monasterio. Gracias a los restos se pudieron reconstruir la dieta de los monjes, parte de sus hábitos y rutinas y hasta algo de la historia del propio edificio, con sus sucesivas reconstrucciones tras bien probados accidentes. Entonces se comprobó que la inscripción, si es que tal era, del dintel de la entrada del templo, ahora una roca derrumbada ante la entrada, era un resto muy reciente en la larga historia del edificio. Sólo al final se había labrado aquella talla y se había colocado presidiendo el lugar. Aquello indicaba que debía de tratarse de un objeto importante, quizá una reliquia o un símbolo de gran valor. En las ruinas, pero también en el vertedero, se encontraron varias copias en pergamino y papel de aquel dibujo o grabado. El

tamaño y la complejidad variaban. Pero estaba claro que todos eran variantes, o quizá versiones, de una misma simbología, posiblemente parte importante del ritual local. Era, claro está, el Logosum al que, final, aunque tardíamente, se le prestaba atención.

Habían pasado setenta años desde el descubrimiento de las ruinas por parte de Lieber y sólo entonces el dibujo misterioso adquirió publicidad y notoriedad. Son de aquella época las primeras copias impresas publicadas del relieve. Aunque nada se sabía de su significado. Unos decían que era un símbolo de religiosidad local, otros que aquello incluía un texto hermético labrado en caracteres desarrollados expresamente para mantener el misterio. Eran símbolos que recordaban vagamente a caracteres tibetanos contemporáneos, pero no eran idénticos en absoluto. O se trataba de otros símbolos o de otro idioma o, más probablemente, si aquello contenía algún sentido oculto, habría que estudiar los símbolos y compararlos con textos locales y dialectos del idioma de la comarca, en la esperanza de que el idioma local no hubiera cambiado mucho desde la época de la destrucción del templo. Como este aspecto era harto improbable, muchos estudiosos coincidían en afirmar que aquello era, sin duda, un texto religioso, pero que su contenido permanecería por siempre en el misterio. Con suerte, se trataría tan sólo de algún karma budista típico vertido al idioma y las grafías del lugar.

Olvidaban los pesimistas que entre sus compañeros arqueólogos abundaban los aventureros y curiosos, siempre deseosos de cruzar el umbral de lo desconocido. Constantes en el esfuerzo e inmunes al desánimo. ¿No se pensaron imposibles de traducir los jeroglíficos egipcios, los caracteres cuneiformes, los símbolos cretenses e hititas o los glifos mayas? Y, sin embargo, ante los derrotistas surgieron los valientes que afrontaron el reto y lograron desvelar el misterio.

Fueron docenas de arqueólogos, lingüistas, aficionados y simples aventureros los que se embarcaron en la aventura del descubrimiento. El Templo de la Nube y sus inscripciones nunca alcanzaron el impacto público de las pirámides egipcias o Stonehenge en el imaginario popular. Nadie veía extraños misterios supraterrenales en el sencillo monasterio budista y sus

incomprensibles inscripciones, pero, entre los estudiosos del tema, sí que se convirtió en una referencia y un desafío. Durante casi cuatro décadas, varias de las más lúcidas mentes en el arte de desentrañar los misterios del pasado dedicaron su tiempo y su esfuerzo a resolver aquellos símbolos desconocidos: un cuadrilátero que en su interior contiene figuras extrañas, desde elaboradas espirales a complejos trazos geométricos en los que se querían ver semejanzas con símbolos chinos, de simples triángulos a elaboradas figuras indescriptibles y pasando por todo tipo de trazos hasta completar los ochenta y un componentes del diseño, distribuidos en nueve columnas y otras tantas filas a modo de inextricable damero. Todos, por tanto, sin resultado. Hasta hace bien poco tiempo, como casi todo el mundo sabe en nuestra sociedad. Hay que ser muy estúpido o muy torpe para no saber nada de Logosum o permitirse ignorarlo sin más, sin tratar de enfrentar su misterio.

Y es precisamente en este punto donde yo mismo entro en escena. No voy a compararme a un Champolion moderno, ni tengo verdaderos motivos como para presumir y situarme a la altura de mis buenos amigos Lister y Okebana, los verdaderos descubridores de Logosum. Pero no voy a quitarme todo el mérito. Fui yo quien, en una reunión informal, y reconozco que sin mucho pensarlo, sugerí que aquellos dibujos ordenados podían ser lo mismo un texto que un símbolo, sí, pero también se asemejaban un tanto a uno de esos rompecabezas o pasatiempos a los que históricamente tantos hombres de tantas civilizaciones hemos sido aficionados. No se me escapaba la semejanza del tablero con un damero. Tal vez fuera una variante del ajedrez, o un antecedente suyo, un extraño juego de damas o un improbable antecesor de esos entretenidos sudokus que algunos tratamos tontamente de resolver, aplicando a su sinsentido aparente y final todo nuestro esfuerzo y nuestra lógica.

Al principio, mis amigos no parecieron prestar mayor atención a mi comentario. Estábamos en un bar y se trataba, como sucede en tantos casos, de una conversación informal, aunque muchas veces sean éstas más sesudas e inspiradoras que las reuniones meramente académicas. Sin embargo, a la mañana siguiente, recibí una llamada de Walter Lister, el orientalista. En la reunión previa sólo estábamos

cuatro personas y él fue, precisamente, quien menos caso pareció hacer a mis palabras. El segundo era Okebana y el tercero Alexis, el único que aparentó escuchar y el único que no aportó nada al desarrollo del problema. Yo planté la semilla, sí, pero me siento un completo fracasado. Creo que Alexis no se siente muy afectado al respecto. Pero no me cabe duda de que tres de las cuatro vidas mencionadas cambiaron drásticamente tras mi comentario y el posterior análisis de Lister.

-Herbert –me dijo, sin tratar de ocultar su emoción-, he recordado un texto del monasterio que se corresponde con tu sugerencia de ayer y arroja bastante luz sobre el asunto.

Al parecer, Walter se había pasado la noche dando vueltas a mi idea. No inmediatamente. En un comienzo prácticamente la había ignorado. Le sonaba a lugar común sugerido por un lego en la materia. Yo soy ingeniero químico, así que no le culpo. Que mis aficiones vayan desde la literatura a la arqueología no tenía por qué alterar su opinión, aunque sirviera, en su día, para convertirme en su amigo. Lister había recordado un texto escrito en árabe y hallado por Lieber en su segunda exploración. No se le dio mucha importancia, porque sugería el paso de algún conquistador por aquel lugar. Parecía un fragmento olvidado de una crónica personal, tal vez un apunte pasado a limpio más tarde por el autor. Su conservación milagrosa parecía lo más sorprendente del insignificante papel. Que se refería al lugar como la residencia de los demonios, que hablaba en términos fanáticos de la destrucción del templo y mencionaba, de pasada, que el maléfico juego había sido borrado finalmente de la tierra de Alá. La traducción, como sucede con muchos textos semíticos antiguos, no estaba exenta de discrepancias en cuanto al sentido de las frases o las propias palabras empleadas, pero el texto parecía tan nimio que nadie le dio mayor importancia después de su inicial análisis. Tal vez su autor y su contenido eran, a la postre, mucho más importantes de lo que se suponía. Y Walter Lister se había pasado toda la noche dándole vueltas a una simple palabra: "juego", pues creía recordar que en el dichoso documento árabe era ésa, con su sentido de entretenimiento, y no otra la palabra que se mencionaba. A la luz de mis palabras, el sentido de la nota bien podía ser otro. No se trataba de que meramente hubiera

terminado la contienda o que el templo y la fe que representaba hubieran desaparecido. ¿Y si el juego maligno referido no era una metáfora sino aquel cuadrilátero real y tangible con sus símbolos extraños? Magia, religión o aritmética, el cuadro bien podía corresponderse con el pasatiempo sugerido por mí. Así que Lister, ya con aquella idea en la cabeza, se pasó media noche realizando consultas bibliográficas por Internet y en su abundante biblioteca, a la espera de que se abriera la de la propia Universidad y de encontrar unos oídos, tanto los míos, puesto que me llamaba el primero, como los de cualquier otro estudioso, en los que verter su idea –y mía- y de los que recabar información, ayuda y neuronas capaces de proporcionar respuestas.

Yo, lo confieso, me sentí muy satisfecho por el efecto de mi discurso, pero no fui capaz de hacer avanzar un ápice aquella investigación. Bien que tenía asuntos urgentes en mi propio laboratorio, pero no es menos cierto que, en la medida de mis posibilidades, rebusqué en la bibliografía argumentos y datos con los que ayudarle en su empeño. No sé, de hecho, a cuanta gente consultaría, pero sí que el principal apoyo a su hipótesis y la resolución del supuesto rompecabezas vinieron de la mente y la mano de Ahoki Okebana, un tipo, obligado es reconocerlo, tan agradable en el trato como excéntrico y genial. Fue él quien halló, no me pregunten el cómo, la clave de aquel entuerto. Aunque los mimbres en que se basó fueron los recopilados, con diversa ayuda, por el esforzado Walter Lister.

Lister descubrió que existían, dispersos por la bibliografía, comentarios que se referían al cuadrilátero misterioso del Templo de la Nube. Tal cuadrilátero sólo se encontraba en el monasterio destruido y parecía ser una parte fundamental en la formación de los monjes. Se sugería, en unos, su carácter demoníaco. En otros se hacía mención de su dificultad. Por lo visto, muchos novicios eran expulsados del templo por su incapacidad para afrontar la prueba del cuadrilátero, o siquiera para resolver alguna de sus variantes simplificadas. Y, a la par, y esto era lo más importante, se sugería que los números formaban una serie mágica desordenada, cuya resolución acercaba al estudioso a la divinidad o la superación personal. Pronto se vio que era precisamente ese sentido mágico y místico el que lo volvía,

en la consideración de los autores musulmanes, de carácter más maléfico que meramente misterioso. Cifras mágicas y un reto mental que sugerían, cómo no, que mi idea del puzzle o rompecabezas era básicamente correcta. El problema era que ninguna de las fuentes explicitaba el método de resolución del acertijo ni tan siquiera cuál era el objetivo de aquel problema.

Con tan pocos datos en su poder, Lister trató de buscar la ayuda de todos los expertos a los que tuvo acceso. Por ello recurrió a su amigo Okebana, bien es cierto que con escasas esperanzas de que el físico pudiera dar con la solución del enigma. De hecho, puesto que tantos eran incapaces de dar con una solución, o mera hipótesis de trabajo, Lister, igual que otros muchos entre los que yo mismo me cuento, pensaba que el problema del cuadrilátero quedaría sin solución.

Por suerte, también para mi vergüenza posterior, no fue así. Okebana, sin aparente esfuerzo –o eso fue lo que dijo, que se trató de un mero entretenimiento mental, de un pasatiempo más que de un desafío- halló la solución y comprobó por sí mismo cómo, efectivamente, el cuadrado le hacía alcanzar un nuevo estado tal y como anunciaba la leyenda.

No me pregunten cómo. Ahoki logró resolver el Logosum. Okebana es físico teórico y, para mí, sus procesos mentales son tan difíciles de comprender como la cosmología a la que dedica horas y horas, con resultados mucho más crípticos y dudosos que los extraídos del cuadrado que nos ocupa. Un día Lister le comenta el problema. Durante semanas el tipo parece no hacerle el menor caso y, al cabo de cinco meses que habían desanimado a la mayoría de los colaboradores de Lister y al propio estudioso, Okebana le llama y le dice que ha resuelto el "juego". Lister no se lo creía. Los dos amigos se reunieron para explicarse y Lister salió de allí confuso y eufórico a la vez. El pobre había entendido, me supongo yo, el razonamiento de Okebana –tanto como se puede comprender el razonamiento de un físico teórico cuando no se forma parte de su gremio, o más bien es secta-, había entendido que la solución era correcta. Pero él mismo era incapaz, por aquel entonces, de resolver por su propio pie el rompecabezas. Veía la solución, pero no la entendía, no alcanzaba a vislumbrar el proceso que llevaba a aquella resolución tan lógica y

elegante para la que poco importaba no comprender en absoluto los símbolos tibetanos.

-Para el caso –indicaba Okebana- lo mismo daría sustituir los símbolos por letras, números o dibujitos de cualquier clase. Importan sólo el número y el orden. Retorcido, rebuscado, pero de una lógica aplastante, cuando uno es capaz de verlo.

Y ahí estaba, está todavía, el quid de la cuestión: en saber verlo. Hace falta mucha inteligencia, mucha concentración y mucho tiempo –al menos para la mayoría- para ver la solución aun sabiendo a qué resultado ha de llegarse y por qué camino conviene abordar el problema. Para Okebana fue, al menos en apariencia, sencillo. Con la sencillez de la genialidad. Para otros fue más trabajoso. A Lister le costó tres meses de continuados esfuerzos alcanzar por sí mismo la solución a partir de la guía de Okebana. O eso me dijo. Yo, lo confieso, he sido incapaz hasta el momento, y han pasado diez años desde la fecha del trascendental descubrimiento, de resolver por mí mismo el Logosum.

Yo no he progresado, lo asumo. Pero el mundo sí que lo ha hecho al margen de mi fracaso. Ha evolucionado. Se ha dividido, como en tantas ocasiones anteriores, en vencedores y vencidos, adaptados y fracasados, listos y tontos. Pertenezco, obviamente, al segundo término de cada dicotomía.

Pronto Logosum se hizo popular. El hallazgo, cosa extraña, se publicó a la par en revistas de arqueología y de matemática. Más tarde, lo que parecía aún más sorprendente, apareció en textos de psicología y de filosofía. Todavía no tenía su nombre actual. Lister decidió que había que otorgarle un apelativo llamativo y que describiera su esencia. Tardó un tiempo en hallarlo pero, para cuando los psicólogos, los médicos, los estadísticos, los matemáticos, los científicos todos, habían aceptado sus maravillosas propiedades, Walter Lister había encontrado el nombre que le pareció perfecto: Logosum. A Okebana, el codescubridor y artífice de la resolución, poco le importaban los nombres y aceptó éste de buena gana. Igual que hizo toda la comunidad científica. Igual que hicieron la prensa y el común de los mortales. Logosum sugería la esencia de la inteligencia, personal

y propia. Era un nombre perfecto. Yo también opino así, aunque no disfrute de sus ventajas.

Grandes ventajas, lo sé. Aunque tardaron algún tiempo en intuirse, más en demostrarse y, a partir de ahí, pese a la revolución conceptual que significaba, bien poco en asumirse y aceptarse. Los científicos son reacios al cambio, aunque la inercia de la ciencia no sea tan grande como la de la sociedad en general, pero cuando uno comprueba en sí mismo lo que la teoría afirma, es fácil aceptar el cambio sin que ello suponga ningún trastorno. Y si uno no es capaz de apreciar nada, como es mi caso y el de muchos otros desgraciados, científicos o no, lo mejor que puede hacer es callarse la boca si no quiere aparentar ser aún más patán de lo que ya se siente.

Pronto el resolver aquel llamado Logosum se convirtió en un desafío para científicos, intelectuales en general y, finalmente, diversión pública. Uno podía ver el resultado y entenderlo, pero, por más que se pasase horas enteras viendo el rompecabezas, la mera observación de la solución no permitía desarrollar el proceso si no se entendía la relación entre ambos. Yo, ya lo he dicho, nunca he logrado resolverlo, hallar el camino que va del cuadro a su solución.

Y casi de inmediato algunos de los que sí habían logrado alcanzar la solución por sí mismos comenzaron a indicar que se sentían más lúcidos y despiertos, más inteligentes. No era presunción ni alarde. Se trataba de una percepción generalizada. Problemas que antes les parecían sin solución, ahora les resultaban sencillos. Había reportes de incrementos de memoria, de mayor imaginación, de mejor capacidad de cálculo. Muchos afirmaban, sin pudor, que Logosum los había hecho más listos.

Era un fenómeno distinto al de esos juegos mentales que se pusieron de moda hace años, en los que los pasatiempos anunciaban un entrenamiento cerebral que rejuvenecía las neuronas y volvía más hábiles en la resolución de problemas. No, en el caso de Logosum hubo quien quiso relacionar la percepción del incremento intelectual a las leyendas de que era un rompecabezas mágico o demoníaco. Alguno dijo que el monasterio era un lugar de sabiduría en el que se probaba con el Logosum a los novicios. Que fue destruido no por impío sino por peligroso, por ser lugar donde se formaba gente tan capaz como para

alterar el estado de las cosas. Si algo había de cierto en estas especulaciones es cosa que nunca se pudo comprobar ni probablemente se llegue a saber. Pero probar si esa optimista impresión de quienes afirmaban su mejoría intelectual incluía algo de cierto era cosa más fácil de demostrar.

Esa elaborada herramienta y vaga ciencia llamada estadística permitía realizar un estudio más o menos serio al respecto. Si bien mucho se puede decir de la eficacia de los tests de inteligencia como herramienta para medir una cualidad tan compleja e inasible, tampoco se puede negar que, cuando menos, se trata de un útil más o menos objetivo para medir cualquiera que sea la cualidad mental que se pone a prueba por medio de los mismos. Y, a falta de otras medidas más racionales u objetivas, se sometieron a prueba varios miles de voluntarios, tanto incapaces de resolver el acertijo como felices descubridores. El resultado era categórico: entre los que resolvieron Logosum el cociente intelectual era tremendamente elevado en comparación con el grupo de contraste. Hubo quien puso en duda tales resultados, y no sin razón. Se dijo que, obviamente, quienes resolvían Logosum pertenecían, en su mayoría, al mundo académico y contaban con una muy buena formación, amén de presuponérseles una notable inteligencia que había dirigido su interés al ámbito del estudio. Al margen de que el grupo de control incluyera también muchos estudiantes, licenciados y catedráticos, la crítica tenía su punto de razón. Alguna inteligencia especial habían de tener los que resolvían el juego que les faltaba a los otros, por capacitados que estuvieran para otras tareas.

Aceptar o no que Logosum incrementaba el intelecto parecía una cuestión de fe o credulidad, términos ambos casi sinónimos. Pero no fue así. El peso de la prueba acudió de nuevo, ¡ay, para mi desgracia!, en apoyo de los que afirmaban la certeza del hecho. Puesto que entre los resolventes existían muchos técnicos y académicos, pudieron compararse viejos tests de inteligencia realizados en el pasado con los nuevos tras su hallazgo de Logosum. Y lo que se comprobó fue que su inteligencia, o lo que midieran los cuestionarios, se había incrementado en unos cincuenta puntos del llamado cociente intelectual. Alguno dirá que no se pueden pasar tests de inteligencia

como si fueran exámenes. Que el hábito de hacerlos incrementa la habilidad. Que no se pueden comparar tests realizados en el pasado con los más recientes ni aquéllos ejecutados a distinta edad. Ni siquiera deberían hacerse dichos tests a adultos resabiados. Y todo ello sería cierto. Pero yo me creo dichos resultados. Incluso se compararon tests casi inmediatos en el tiempo realizados por quienes antes obtenían resultados mediocres y luego fueron capaces de resolver el Logosum e incrementar sus puntuaciones de inteligencia. El peso de la prueba es abrumador. Y la percepción individual aún resulta más convincente y deprimente. Yo mismo he visto con mis propios ojos como gente más bien vulgar se volvía brillante, como el brillante alcanzaba las cotas de la genialidad. He visto a mis amigos transformarse. Y no sólo por un incremente de sus capacidades intelectuales. Su personalidad, sus puntos de vista han cambiado. Quizá el nirvana predicado por los budistas no sea una fusión con la nada sino un trascenderse que incrementa la propia percepción del mundo merced a una expansión de la propia mente, a la superación de uno mismo.

Lo que no se sabe aún es cómo obra Logosum el cambio. Algún engranaje cerebral, existente y recóndito, debe de activarse al resolver el acertijo. Tal vez un día alguien determine el mecanismo de acción y hasta pueda diseñar otras pruebas parecidas con igual o superior efecto. Hoy por hoy, no llegamos a tanto. Lo que es seguro es que el dichoso juego incrementa la inteligencia de un modo brusco y considerable.

Poco importa cuál sea el sentido del cambio. No es cuestión de plantear aquí cuestiones metafísicas ni extraer conclusiones más allá de lo tangible. Pero es cierto que Logosum ha supuesto, y lo seguirá siendo, una revolución. Me siento torpe y primitivo, superado por todos aquéllos que han triunfado donde yo arrastro mi fracaso. Una derrota que dura años. Me siento inferior, infrahumano, en el sentido de que otros de mi especie han trascendido lo que era norma entre los míos. El futuro, si no lo ha hecho el presente, traerá dos clases de ciudadanos: los que han resuelto Logosum, se han superado y pueden formar parte de la élite intelectual dirigente y los pobres brutos incapaces de trascenderse y condenados a ser ciudadanos de segunda.

Tal vez mi visión es catastrofista, tal vez exagero, pero me temo que la brecha existe y se hará mayor con el paso del tiempo. Tal vez bajo todo ello se encuentren los genes. O quizá sea torpeza, o ceguera de unos pocos. Aún confío en que suceda esto último. Porque eso me da esperanzas para el futuro. Uno puede vencer su torpeza, hacerse más hábil y triunfar.

No soporto que mis antiguos compañeros me miren –o así lo percibo yo- por encima del hombro. O que me traten con la deferencia del que siente lástima por otro. Ni menos aún que, sin un solo gesto, bueno o malo, me demuestren cuán mediocre soy en comparación con ellos. Por eso, en cuanto termine este relato, esta queja escrita, volveré al cuadrado del Logosum. Quizá hoy sea capaz de ver sus símbolos de otro modo, quizá entre, por fin, como una revelación, su sentido en mi dura o desacostumbrada mollera. Y si no es hoy, tal vez sea mañana, o al otro. Entonces ya no tendré que agachar la cabeza cuando alguien me pregunte si conozco el juego, si lo he intentado, si lo he logrado. Formaré parte de su club. Habré vuelto a ser humano y participaré de la era dorada de la nueva mente, con sus nuevos saberes, hallazgos y avances.

Juan Luis Monedero Rodrigo

PERCEPCIONES

De entre mis numerosos estudios acerca de lo metafísico, parafísico, suprafísico y parapsicológico, estoy particularmente orgulloso de mis hallazgos sobre la percepción localizada invisible sensorial (PLIS) y la percepción localizada autónoma superior (PLAS). El tema de la presente publicación me ha de permitir, por lo que doy gracias a los editores, divulgar y publicitar mis monumentales hallazgos para que el vulgo ignorante y altamente manipulable se haga de una vez consciente de su falta de inteligencia y, a la vez, pueda tener presente el enorme potencial cognitivo que su mente alberga. La curiosidad es una herramienta de conocimiento para la mente, y se alimenta de percepciones. Tantos libros de autoayuda como existen y triunfan hoy en el mundo no tienen en cuenta, al proporcionar herramientas de autosuperación al lector, que sólo dirigen sus esfuerzos a una parte mínima de la ingente capacidad intelectiva del

más lerdo de los humanos y sin facilitar el incremento de las facultades perceptivas.

Muchos somos conscientes del escaso uso que el general de los mortales hace de su magníficamente dotado intelecto. Existen problemas físicos de acceso a zonas cerebrales y de uso de la materia gris, pero no son menos importantes las taras intelectivas provocadas por la deficiente educación y el escaso pensar que rigen en nuestros días.

Sin ir más lejos, estoy seguro de que casi cualquier lector sabe lo que significan las siglas PES, democratizadas por esa cohorte de pseudocientíficos que se hacen llamar parapsicólogos y no pasan de ser meros aprendices de buhonero. La Percepción Extra Sensorial existe, a qué negarlo. Hay docenas de pruebas a su favor, variantes conocidas de dicha percepción pueden ser estudiadas por cualquiera y son conocidas por muchos legos en la materia. Pero esta Percepción que se hace pasar por el sumum de lo cognoscible, de lo que va más allá del simple raciocinio vulgar, es tan sólo una faceta, y bastante limitada por cierto, del inconmensurable elenco de posibilidades intelectuales con que la mente humana ha sido dotada por el Divino Hacedor y su dedo artífice.

Poca gente reconoce el valor de la PAS, siquiera su mera existencia. Y, sin embargo, la Percepción Auto Sensorial tiene un valor inmenso. No se trata de recibir informaciones sobre el funcionamiento de nuestro organismo, de eso ya se encargan las múltiples vías y mecanismos de la propiocepción. La PAS va mucho más allá. Cuando tantos y tan alegremente hablan de la meditación, del conocimiento de uno mismo, de la interiorización y la búsqueda de la sabiduría interior, incluso del nirvana, olvidan que en nuestra mente existen las herramientas necesarias para alcanzar ese íntimo conocimiento, esa concentración en la propia mente que permite conectar con el alma de nuestro interior. PAS, amigos míos, la vía íntima intuida por los yoghis indios y rozada por los místicos de nuestra gloriosa Contrarreforma.

Pero ahí, por sorprendente que nos parezca, no termina nuestra capacidad de percepción. Aún poseemos diversas formas de PIS que nos ponen en contacto con los espíritus afines y con realidades que van más allá de nuestra sutil individualidad, del yo como

universo. La Percepción Inter Sensorial no es mera telepatía, no es una simple conexión entre dos mentes diferentes. No basta con conectar las mentes, hay que enlazar las almas, como se logra en la comunión cristiana o, más rudimentariamente, a través del amor galante entre personas.

Ninguna de las tres anteriores (PAS, PES ni PIS) tendría ningún sentido si no poseyésemos un nivel de cognición superior e integrador. Se trata de POS, la maravillosa Percepción Omni Sensorial, al alcance de muy pocos y casi siempre infrautilizada o despilfarrada. La POS permite reunir en una sola imagen mental todas las percepciones alcanzadas por medio de las demás formas de inteligibilidad. Es un hecho global, cohesionador, que da sentido a lo singular y particular bajo el prisma de una superior inteligencia y capacidad integradora. En la POS se unen el yo y los otros, lo mundano y lo espiritual, lo racional y lo emotivo. Si uno trasciende su propia mente por medio de la POS se convierte en más que un individuo, se aproxima al verdadero nirvana, a la unión al Uno universal, se aproxima a la divinidad. No basta un cordón de plata, no basta un tercer ojo, no sirven la meditación o la empatía, sólo la omnipercepción nos convierte en entes capaces de trascender las limitaciones de la mente individual para alcanzar un nivel superior de cognición.

Aunque, claro está, de poco sirve alcanzar un alto grado de conocimiento de nuestro mundo si no somos capaces de ir más allá, de superar los límites de nuestra existencia, de la propia vida, para integrar lo real y tangible, incluyendo entre ello todo lo referente al alma, con lo supraterrenal, lo que está más allá de la vida y el tiempo. Esta maravillosa y cuasimilagrosa capacidad sólo ha sido muy superficialmente estudiada. Pese a mis esfuerzos, aún no he sido capaz de desentrañar sus complejos misterios. Sólo algunos seres humanos excepcionales, ciertos santos en particular, han sido capaces de trascenderse y alcanzar la PUS, la desconocida e ignorada Percepción Ultra Sensorial, la que va más allá de todo lo conocido, creído e imaginado.

¡Ay, somos seres tan limitados! Incluso el mayor de los genios debe plegarse humildemente ante los límites insondables de la Creación.

Existen otras formas menores de percepciones, meras variantes de otras formas superiores. No voy a entrar en detalles sobre ellas, aunque no está de más el mencionar algunas, siquiera como ejemplo. Podría hablar de la Percepción Sensorial Orgánica Estricta (PSOE), una de las más materialistas, de la Percepción Pura (PP), más filosófica, La Percepción Corporal Exhaustiva (PCE), aún más limitada a lo físico que la antes mencionada, la Percepción Normalizada Vital (PNV), una de las más burdas aunque con ínfulas de trascendencia… En fin, como el lector puede comprobar, las formas de percepción humana son complejas y casi infinitas. El mundo académico no se ha volcado aún suficientemente en su dificultoso estudio y sólo algunas mentes superiores como la mía se han atrevido a indagar en las orillas de ese mar proceloso de la sabiduría trascendente.

Ni qué decir tiene que la posesión de todos estos conocimientos herméticos, cuasicrípticos y paranormales supone una gran responsabilidad para su dominador. En malas manos podrían causar una auténtica catástrofe, provocando desde la idiotización –aún más- generalizada hasta el control mental o la coerción a distancia. Por suerte para el futuro del mundo y aun del universo, la sabiduría está en las mejores manos, las mías. Nunca haré uso aberrante de mi tremendo poder.

Gustosa y humildemente, estaré encantado de resolver con más amplitud y en privado cualquier duda que los lectores de este breve artículo introductorio vean nacer en su confusa y limitada mente. No es necesario que me soliciten esa información por escrito. Basta con que se concentren en la idea y el mensaje a transmitir para que sus dudas me alcancen y entonces yo, usando de mis múltiples capacidades cognitivas, sensoriales y perceptivas (PAS, PES, PIS, POS y PUS) les enviaré mentalmente una amplia reseña informativa con la que paliar su ignorancia y calmar su ansiedad.

Quizá en otra ocasión tenga a bien dirigir mi sabiduría al común de los mortales, deseen o no abrir sus torpes mentes a mi superior capacidad intelectual.

Gazpachito Grogrenko

(luminaria universal y conocedor de los arcanos del poder, la sabiduría y las mejores recetas de la cocina universal)

CARTAS AL DIRECTOR
(algunos dicen haberlo visto, mas no recuerdan dónde)

LA NEFANDA CURIOSIDAD

Vivimos en una época impía y orgullosa. Deseamos saberlo todo, juzgarlo todo. Hay tantos impuros tan convencidos de su superioridad, inconscientes de su absoluta falta de moral y de fe, que se creen en posesión de todas las verdades y que, en aras de ese demoníaco relativismo acrítico que practican, piensan que todo puede ponerse en tela de juicio y que tienen derecho a analizar y juzgar todo lo que los rodea y lo que no entienden ni pueden entender, como si la mente humana fuera capaz de alcanzar divina sabiduría y todo el universo estuviera a disposición de su mente.

Pero no está hecha la miel para la boca del cerdo, ni la fe para las estrechas entendederas de los pecadores. Movidos por esa nefanda curiosidad a la que tanto se recurre hoy en día, se creen en el derecho y aun el deber de investigarlo todo, de analizarlo y valorarlo todo. Malos tiempos son estos para la fe y el misterio. Mal invento aquél de la ciencia pretérita que esos ingenuos aunque sapientísimos jesuitas creían poder usar como herramienta de evangelización. Me recuerda tanto a la prepotencia de los paganos que pensaban que el hombre era la medida de todas las cosas. Pues no, el hombre no está en disposición de alcanzar un conocimiento supremo. Ni debe aventurarse en senderos que pongan en cuestión la verdad de la fe. Ya en la Biblia se nos cuenta como se condenaron la curiosa Eva y el lascivo Adán por probar la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal. Querer saber más de lo que a uno le es dado es peligroso, aberrante y pecaminoso. La curiosidad es un vicio nefasto que si no se incluye entre los pecados capitales de la humanidad junto a la envidia, la lujuria, la gula, la avaricia, la soberbia, la pereza o la ira es tan sólo porque el libro del Génesis nos muestra ya en el origen del mundo cuál es su carácter pecaminoso y horrible.

Renegad de vuestra absurda fe en la razón. Abandonad la malvada costumbre de indagar, fisgar y querer conocer. Nuestro Dios creó el Universo según sus incognoscibles designios y el hombre no está capacitado ni autorizado para tratar de desvelarlos. Seguir por

esta vía de la falta de fe y de respeto, de la curiosidad por todo, del engreimiento y maldad sólo puede conducirnos al fin del mundo, a la hecatombe y el Apocalipsis. Creo, sinceramente, que el Juicio Universal se acerca, que nuestras horribles costumbres aproximan el día del Armagedón. Y creo, por más que aún confío en la fe como fuente de salvación, que nada hay en nuestras manos que nos permita retrasar o postergar el fatal desenlace. Estamos condenados desde el día en que nacimos al mundo, desde aquella remota fecha en que Eva se dejó tentar por la serpiente, por el diablo disfrazado de curiosidad. Y la curiosidad, que parece uno de los motores principales del mundo, nos ha traído desde entonces novedades y revoluciones sin fin, ha cambiado el mundo pero siempre a peor. La curiosidad forma parte de la maldad intrínseca del hombre, de su lado más tenebroso e infame. Nunca nada bueno ha surgido de la curiosidad a la que tantos idólatras de nuestro tiempo veneran. Arrepentíos, impíos, porque el fin del mundo se acerca.

Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera
(viuda de de Lego y creyente piadosa)

EPÍLOGO

A estas alturas alguno estará hastiado de nuestra curiosidad. Quizá la visión le parezca simplista, tal vez piensa, al contrario, que le damos demasiadas vueltas a un asunto de lo más sencillo. Pero nadie olvidará que, como dice nuestra Nicolasa en su tono apocalíptico, la curiosidad es uno de los motores del mundo. Como todo, puede tener varias caras (sí, también nosotros podemos ser "relativistas") y mostrarnos un lado positivo y otro negativo, casi simultáneos y a la vez. Es cierto que la curiosidad es prostituida en ocasiones, también vilipendiada en otras, merecida o inmerecidamente, pero, ¿qué sería del hombre sin su curiosidad? Tal vez, si uno es creyente, pensaría que todavía nos hallaríamos en ese Paraíso Terrenal bíblico e ingenuo, que más bien hace pensar en la felicidad del ignorante o la complacencia del tonto. La curiosidad nos ha traído muchos problemas y muchas novedades. Pero la curiosidad nos es irrenunciable. Imposible imaginarse al hombre sin su curiosidad. Cuando vemos un fanático casi lo que más

nos llama la atención no es su estrechez de miras, sino su incapacidad de mirar más allá, de abrir los ojos a nuevas curiosidades, de utilizar su curiosidad para ir más allá.

El hombre es curioso por naturaleza. Para bien o para mal. Nadie puede sustraerse al misterio. Nos invadirá una mezcla de emociones: alegría, miedo, orgullo, pero siempre miraremos lo que hay al otro lado. Y, sobre todo, buscaremos nuevas preguntas que puedan ser contestadas. Si a las curiosidades anteriores no les sucedieran otras nuevas curiosidades, la humanidad se marchitaría, consumida en su propia indolencia. Sin desafíos no somos nada. Sin la curiosidad que nos anima a buscarlos y desentrañarlos, el espíritu humano carece de sentido. ¿Por qué, entonces, nos empeñamos, siglo tras siglo, en demonizar la curiosidad, en desvirtuarla o pervertirla? Claro que el deseo de conocer más puede convertirse en malsano y hasta en obsesivo. Pero no es el ansia de saber, de ir más allá, más lejos y más oscuro, sino que lo malsano e insaludable es todo aquello que anida en la mente confusa del hombre y que puede convertir en terrible hasta lo mal hermoso. A veces, uno percibe con nitidez lo que es bueno y lo que es malo. Pero es más frecuente que la maldad se encuentre en el uso, la aplicación o el sentido que se dé a aquello nuevo que hemos aprendido, o a la forma que damos a lo que deseamos aprender. Podemos renegar de esa naturaleza curiosa del hombre y de la maldad o la estupidez que anidan, a veces mezcladas y otras bien diferenciadas, dentro de la mente y el corazón del hombre, pero no venceremos esa maldad condenando la curiosidad. Sin ella, simplemente, no seríamos humanos tal y como nos conocemos e identificamos.

EL PUNTO Y FINAL

Llegó el final de otro número. Parece increíble pero seguimos en marcha, a nuestro ritmo. Esta vez más cansino, con menos voces dejándose escuchar a través de nuestras páginas. Pero, pese a todo, inmunes al desánimo.

Desearíamos que se escucharan muchas más voces, que os animarais en mayor número. Saber que nos leéis (a todos nos gusta pensar que somos escuchados y a los locos de esta publicación nos

agrada saber que contamos con vuestros oídos y no predicamos, pontificamos y relatamos en el desierto, sin público) y escuchar vuestras opiniones, que rara vez nos llegan. Ya conocéis nuestra página web, nuestro correo electrónico. ¿Tal vez os aburrimos tanto que ya no despertamos vuestra curiosidad? Ojalá que no sea así. No estamos dispuestos a convertir nuestros textos en un mero producto de consumo, en páginas indolentes que no haga falta procesar ni digerir.

En todo caso, estamos orgullosos de nuestra marcha y de vuestras colaboraciones. Gracias al incombustible P.A.M.213 por su Curiosidad, al inefable burlón, tan temible él, y a Gerardo Monedero por su novedosa portada. Gracias a todos los que seguís leyendo, confiamos en que con cierta curiosidad y cierta ilusión, nuestra humilde revista. Y, por favor, colaborad, seguid colaborando y haciéndonos llegar vuestras voces.

Podéis enviar las colaboraciones a:

e-mail: despertardelosmuertos@yahoo.es Y, si lo deseáis, bajaos las revistas que no tengáis de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página en bubok:

http://eldespertar.bubok.es

Hasta pronto.